

GEOGRAFIA

Pequeña historia crítica

Antonio Carlos Robert Moraes

Prólogo a la edición española

Vicente Di Cione

1ª. Edición: *GEOGRAFIA. Pequena História Crítica.*
HUCITEC, Brasil, 1983

1ª. Edición Española: GEOUNTREF-EDUNTREF, Buenos Aires, 2006

Traducción: Luis Briano
Revisión: Vicente Di Cione

“Saber pensar el espacio, para saber organizarse en el, para saber combatir en el... Al final, no toda región selvática montañosa es Sierra Maestra”

Yves Lacoste
La geografía. Un arma para la guerra

Índice

Prólogo a la edición española <i>Vicente Di Cione</i>	3
Presentación	5
1 El objeto de la Geografía	6
2 El Positivismo como fundamento de la Geografía Tradicional	9
3 Orígenes y presupuestos de la Geografía	13
4 La sistematización de la Geografía. Humboldt y Ritter	17
5 Ratzel y la Antropogeografía	20
6 Vidal de La Blache y la Geografía Humana	23
7 Los desdoblamientos de la propuesta de Vidal de La Blache	27
8 Más allá del determinismo y del posibilismo: la propuesta de Hartshorne	31
9 El movimiento de renovación de la Geografía	34
11 La Geografía Crítica	41
Palabras finales	47
Bibliografía comentada	48

Prólogo a la edición española

Vicente Di Cione

A lo largo de algunas décadas dedicadas a la docencia, he podido ratificar la importancia de *Geografía. Pequeña historia crítica* de Antonio Carlos Robert “Tonico” Moraes para lograr una visión breve, crítica y rigurosa de la historia del pensamiento geográfico y del proceso social de construcción del campo disciplinario.

Como lo afirma en su presentación de la versión portuguesa, se trata de una obra comprometida y con profunda vocación didáctica, atributos que preserva a pesar del tiempo transcurrido desde la primera edición de 1983. A diferencia de aquel entonces, la obra no cubre la situación actual de la disciplina, en especial al considerar, como es usual, que la misma suele tener una profundidad histórica variable de entre una o dos décadas a partir del presente.

La obra, pionera en su momento, constituyó una ventana crítica abierta al futuro al comienzo de la década de los ochenta, desde la cual era posible atisbar los intensos impulsos innovadores de los sesenta y setenta, condensados parcialmente en el pensamiento y obras de los fundadores más notables del movimiento de renovación “pragmática” y “crítica” de la geografía. Moraes formó parte de aquel movimiento y sus contribuciones fueron particularmente importantes, junto con la de Milton Santos y muchos geógrafos de Brasil, para la construcción de los nuevos horizontes del pensar y el hacer geográficos de Brasil y de América Latina.

En los años posteriores se produjeron muchas novedades, entre ellas la maduración de la multiplicidad de horizontes del movimiento de renovación, su apertura en nuevas perspectivas epistemológicas y, sobre todo, la emergencia de las nuevas tecnologías de la información y comunicación que dieron lugar al desarrollo de la geomática, los sistemas automáticos de información geográfica, la cartografía digital y muchas otras expresiones relacionadas con las demandas técnicas económicas, políticas y militares.

Entre los nuevos escenarios epistemológicos caben mencionarse los producidos por las perspectivas de la cognitiva y la complejidad, el constructivismo, el estructuracionismo y la fenomenología. La primera con notorio desarrollo en el costado físico-natural de la geografía y las ciencias de la tierra, la ecología y el amplio conjunto de las ciencias físico-ambientales. Las segundas en los desarrollos intra, inter y transdisciplinarios de la geografía social y las ciencias sociales en general.

Conjuntamente con el desarrollo disciplinario del último cuarto de siglo, la reflexión e investigación sobre el proceso histórico y social de individuación del campo disciplinario de la geografía dio lugar a importantes libros historiográficos y sociológicos: *El pensamiento geográfico* de Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero (1982), *Teoría y método en la Geografía Humana Anglosajona* de María Dolores García Ramón, *La geografía actual. Geógrafos y tendencias* de J. R. Johnston y P. Claval (1984), *Geografía. Historia y Conceptos* de A. Holt Jensen (1988), *El lugar de la geografía* de Tim Unwin (1992), *Geographical imaginations* de Gregory Derek (1994), *Modern Geographical Thought* de Richard Peet (1998) y *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía* de José Ortega Valcalcel (2000).

¿Cómo justificar, ante tantos cambios y novedades bibliográficas, la edición actual en español de *Geografía. Pequeña historia crítica*? Sencillamente porque se trata de una obra historiográfica de la geografía sumamente rigurosa y crítica y que luce por presentar de manera breve y con un lenguaje didácticamente apropiado a nivel introductorio los principales jalones de la construcción disciplinaria que constituyen la base a partir de la cual es posible recorrer los escenarios actuales con mayor detenimiento sin perder de vista los escenarios y horizontes fundacionales.

Todos los docentes abocados a la enseñanza de “métodos y teorías contemporáneas de la geografía” se enfrentan, ante las limitaciones temporales de los cursos, al dilema entre sacrificar la historia para profundizar las corrientes actuales o en profundizar la historia y sacrificar la consideración de la construcción del pensamiento contemporáneo. *Geografía. Pequeña historia crítica* contribuye a los intentos de superación del dilema, ofreciendo a los estudiantes la posibilidad de aproximarse a las profundidades históricas del pensamiento geográfico evitando caer en ellas y sin posibilidades de aplicar el esfuerzo al análisis riguroso del presente.

También son notorias las dificultades para brindar los principales cuadros conceptuales y teórico metodológicos del desarrollo disciplinario descontextuados de la historia y la geografía real. En tal sentido, fiel al método de indagación y exposición crítica, Moraes entrelaza con una gran capacidad de síntesis las vicisitudes de construcción disciplinaria, es decir, la multiplicidad de lógicas epistémicas internas y su entramado sociológico específico con las lógicas más generales del desarrollo geohistórico general y epistemológico en particular. De otro modo, el texto no pierde de vista el entrelazamiento lógico y social de los contextos de descubrimiento, justificación y aplicación que caracterizan las producciones de las figuras más destacadas de la disciplina y las continuidades, rupturas y superaciones dialécticas de las diferentes etapas y lugares de construcción del campo disciplinario.

Si bien las diferencias lingüísticas entre el español y el portugués tienden a disiparse, tal como se observa con la creación del “portuñol”, los problemas de traducción no son menores y suelen incomodar a los que no se dejan llevar por las intuiciones inmediatas. En tal sentido, el trabajo de traducción de Luis Briano licenciado y profesor de Geografía (UBA-FFyL), ha sido extremadamente riguroso para no traicionar la claridad didáctica y los significados del autor, razón por la cual fueron escasos los cambios derivados de la revisión posterior.

Por último, aunque no en último lugar, corresponde un especial reconocimiento y agradeciendo a “Tónico” para permitir la edición de la traducción en Geountref. El principal agradecimiento lo recibirá, sin dudas, de los lectores por brindarles la posibilidad de historiar la disciplina en un viaje que combina rigurosamente la brevedad, el rigor y la profundidad y contribuir a la toma de posición crítica en el presente y futuro de un campo disciplinario socialmente más importante que los reducidos ámbitos de los institutos y departamentos universitarios de geografía.

Vicente Di Cione

Profesor y Coordinador de las Carreras de Geografía de UNTREF

Editor de Geountref.

Buenos Aires, El Palomar, agosto de 2006.

Presentación

Este libro fue escrito con un objetivo didáctico. Quien ya se haya encontrado frente a la necesidad de dictar un curso introductorio y general de Geografía, conoce las dificultades corrientes de la falta de bibliografía. Esta, escasa en términos absolutos, se limita a los manuales franceses o americanos; ambos insatisfactorios para quien busque un conocimiento crítico. El intento de la presente obra es el de contribuir a la superación de esta situación, ofreciendo un panorama de esta disciplina con un tratamiento que procura ir más allá de las versiones oficiales. Presentamos aquí, en forma sucinta, como no podría dejar de ser en una obra introductoria, lo que fue y lo que viene siendo el pensamiento geográfico, tratando de cotejar las formulaciones con el contexto histórico que las engendró. Así, apuntar algunas mediaciones más evidentes entre la producción geográfica y el desarrollo del modo de producción capitalista.

El plano de la exposición se apoyó en el programa del curso que dictamos en los años 1980/81, a los alumnos de Ciencias Sociales e Historia del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad de Campinas. La práctica didáctica favoreció mucho a la sistematización y organización de los contenidos. En este sentido, dejamos registrada nuestro debido agradecimiento a nuestros alumnos que, a través de debates y cuestionamientos nos permitieron avanzar en el estudio de la historia del pensamiento geográfico. Todavía en el rubro de los agradecimientos, nos gustaría mencionar el nombre de Wanderley Messias da Costa, compañero de muchos trabajos, y que podría así mismo ser considerado coautor de muchas partes de este libro. También agradecemos al amigo Milton La Huerta, por la lectura de los textos “recién salidos del horno” y por las valiosas sugerencias. Agradecemos también al profesor Geraldo Rodrigues, que gentilmente realizó la revisión de nuestro texto. Finalmente, nos gustaría hacer un agradecimiento al conjunto del Departamento de Geografía de la Universidad de San Pablo, cuna de nuestras investigaciones geográficas, fuente de informaciones y estímulos, y espacio de nuestro trabajo actual.

Si este libro estimula a los geógrafos en cuanto a la necesidad de repensar el pasado de nuestra disciplina, y contribuye a una sólida y clara toma de posición de los que se inician, nuestras expectativas estarán plenamente satisfechas.

El objeto de la Geografía

La pregunta que introduce este libro –¿qué es la Geografía?– aparentemente es bastante simple. Sin embargo se refiere a un campo del conocimiento científico, donde reina una enorme polémica. A pesar de la antigüedad del uso del rótulo *Geografía*, que fue también incorporado al vocabulario cotidiano (cualquier persona podría dar una explicación de su significado), en términos científicos existe una intensa controversia sobre la materia tratada por esta disciplina. Esto se manifiesta en la indefinición del objeto de esta ciencia, o mejor dicho, en las múltiples definiciones que le son atribuidas.

Algunos autores definen a la Geografía como el estudio de la superficie terrestre. Esta concepción es la más usual, y simultáneamente la de mayor vaguedad. Debido a que la superficie de la Tierra es el teatro privilegiado (durante mucho tiempo el único) de toda reflexión científica, es lo que desautoriza la asignación de su estudio como especificidad de una sola disciplina. Esta definición del objeto se apoya en el propio significado etimológico del término Geografía – descripción de la Tierra. Así, cabría al estudio geográfico describir todos los fenómenos manifestados en la superficie del planeta, siendo una especie de síntesis de todas las ciencias. Esta concepción se origina en las formulaciones de Kant. Para este autor, habría dos clases de ciencias, las especulativas, apoyadas en la razón y las empíricas apoyadas en la observación y en las sensaciones. A nivel de las segundas, habría dos disciplinas de síntesis, la Antropología, síntesis de los conocimientos relativos al hombre, y la Geografía, síntesis de los conocimientos sobre la naturaleza. De esta forma, la tradición kantiana coloca a la Geografía como una ciencia sintética (que trabaja con datos de todas las demás ciencias), descriptiva (que enumera los fenómenos abarcados) y que trata de abordar una visión de conjunto del planeta. Las mayores polémicas provocadas por esta perspectiva, denominada corológica (visión espacial, en oposición a la cronológica o enfoque temporal), hablan respecto del significado preciso de la superficie terrestre. Algunos autores van a referirse a la biosfera (esfera del planeta que presenta formas vivientes); otros, a la zona terrestre (capa inferior de la atmósfera más la capa superior de la litósfera), encubriendo, con la discusión terminológica la vaguedad de esta definición del objeto. En fin, la idea de descripción de la superficie de la Tierra alimenta la corriente mayoritaria del pensamiento geográfico.

Otros autores van a definir a la geografía como el estudio del paisaje. Para estos, el análisis geográfico estaría restringido a los aspectos visibles de lo real. El paisaje, presentado como objeto específico de la Geografía, es visto como una asociación de múltiples fenómenos, lo que mantiene la concepción de ciencia de síntesis, que trabaja con datos de todas las demás ciencias. Esta perspectiva presenta dos variantes, para la aprehensión del paisaje: una, manteniendo la tónica descriptiva, se detendría en la enumeración de los elementos presentes y en la discusión de las formas –de aquí su denominación de morfológica. La otra se preocuparía más por la relación entre los elementos y la dinámica de estos apuntando hacia un estudio de fisiología, esto es, al funcionamiento del paisaje. La perspectiva de la morfológica presenta, en su génesis, fundamentos oriundos de la Estética: el capítulo inicial de la obra de Humboldt *Cosmos* se titula “Los grados de placer que la contemplación de la naturaleza puede ofrecer” y uno de los autores más citados allí no es un filósofo o científico, sino el literato Goethe. Cabría observar el horizonte abarcado por la visión del investigador, y de esta visión sobrevendría la explicación. De aquí la gran valorización de la intuición en los procesos de análisis propuestos por esta perspectiva, surgiendo así de aquí una considerable carga irracional en el pensamiento geográfico. La perspectiva de la fisiología del paisaje se va a fundamentar en la Biología, particularmente en la idea de organismo, con funciones vitales y con elementos que interactúan. A la Geografía le correspondería buscar estas interrelaciones entre fenómenos de distintas características que cohabitan en una determinada porción del espacio terrestre. Esta perspectiva introdujo a la Ecología en el dominio geográfico.

Otra propuesta hallada, en realidad una variación sutil de la anterior, es la de aquellos autores que proponen a la Geografía como el estudio de la individualidad de los lugares. Para ellos, el estudio geográfico debería abarcar todos los fenómenos que están presentes en un área dada, teniendo como meta comprender el carácter singular de cada porción del planeta. Algunos geógrafos van a buscar cumplir con esta meta a través de la descripción exhaustiva de los elementos, otros por medio de la visión ecológica, encontrando en la propia interrelación, un elemento de singularización. En ambas propuestas, es la individualidad local lo que importa.

Esta perspectiva tendría sus raíces en autores de la Antigüedad clásica como Heródoto o Estrabón, que realizaron estudios mostrando los rasgos naturales y sociales de las tierras, por donde anduvieron. Modernamente, tal perspectiva tiene su expresión más desarrollada en la llamada Geografía Regional. Esta propone, como objeto de estudio, una unidad espacial, la región – una determinada porción del espacio terrestre (de dimensión variable), posible de ser individualizada, en función de un carácter propio.

La definición de la Geografía, como el estudio de la diferenciación de áreas, es otra propuesta existente. Tal perspectiva propone una visión comparativa para el universo del análisis geográfico. Busca individualizar las áreas, teniendo en vista compararlas con otras; de ahí el acento en los datos que diferencian a cada una. De esta manera, la explicación es buscada por encima (si bien que por intermedio) de los casos singulares. De las definiciones vistas, esta es la primera en proponer más generalizadora y explicativa. Son buscadas las regularidades de la distribución y de las interrelaciones de los fenómenos. Tal concepción es la más restrictiva, en términos abarcativos, del pensamiento geográfico.

Existen también autores que buscan definir la Geografía como el estudio del espacio. Para estos, el espacio sería plausible de un abordaje específico, el cual justificaría el análisis geográfico. Tal concepción, en verdad minoritaria y poco desarrollada por los geógrafos, es bastante vaga y encierra aspectos problemáticos. El principal de ellos tiene que ver con la necesidad que se entiende por espacio – cuestión polémica, a nivel de la propia Filosofía. Sin querer entrar en la polémica, se pueden enumerar las tres posibilidades más usuales en el tratamiento de la cuestión: el espacio puede ser considerado como una categoría del entendimiento, esto es, toda forma de conocimiento se efectiviza a través de categorías como tiempo, grado, género, espacio, etc. En esta concepción, el espacio, además de ser destituido de su existencia empírica, sería un dato de toda forma de conocimiento, no pudiéndose calificarlo de específico de la Geografía. El espacio también puede ser concebido como un atributo de los seres, en el sentido en que nada existiría sin ocupar un determinado espacio. En esta concepción, el estudio del atributo espacial de cualquier fenómeno se daría en el análisis sistemático de este. Así, no sería posible proponerlo como un estudio particular, luego como objeto de la Geografía. Finalmente, el espacio puede ser concebido como un ser específico de lo real, con características y dinámica propias. Aquí cabría una posibilidad de pensarlo como objeto de la Geografía, sin embargo, sólo después de demostrar la afirmación efectuada. Esta perspectiva de la Geografía, como estudio del espacio, enfatiza la búsqueda de la lógica de la distribución y localización de los fenómenos, lo cual sería la esencia de la dimensión espacial. Sin embargo, esta Geografía que propone la deducción, sólo consiguió efectivizarse a costa de artificios estadísticos y de la cuantificación. Es un campo actual de discusión geográfica.

Finalmente, algunos autores definen a la Geografía como el estudio de las relaciones entre el hombre y el medio, dicho de otra manera, entre sociedad y naturaleza. Así, la especificidad estaría en el hecho de la búsqueda por parte de esta disciplina de explicar o relacionar los dos dominios de la realidad. Sería, por excelencia, una disciplina de contacto entre las ciencias naturales y las humanas, o sociales. Dentro de esta concepción aparecen, por lo menos, tres visiones distintas del objeto. Algunos autores van a aprehenderlo como las influencias de la naturaleza sobre el desarrollo de la humanidad. Estos toman la acción del medio sobre los hombres y las sociedades, como una verdad incuestionable, y le correspondería a la Geografía explicar las formas y mecanismos por los cuales esta acción se manifiesta. De esta forma, el hombre es puesto como un elemento pasivo, cuya historia es determinada por las condiciones naturales que lo envuelven. El peso de la explicación residiría totalmente en el dominio de la naturaleza. Tal perspectiva puede aparecer en formulaciones de un radicalismo gradual, sin embargo el límite de la acción humana estaría siempre en el máximo de adaptación al medio. Los fenómenos humanos serían siempre efectos de causas naturales; esto sería una imposición de la propia definición del objeto, identificado con aquellas influencias. Otros autores, manteniendo la idea de la Geografía, como estudio de la relación entre el hombre y la naturaleza, van a definir su objeto como la acción del hombre en la transformación de este medio. Así, se invierte totalmente la concepción anterior, colocando el peso de la explicación en los fenómenos humanos. Cabría estudiar como el hombre se apropia de los recursos ofrecidos por la naturaleza y los transforma, como resultado de su acción. Existen aún aquellos autores que conciben el objeto como la relación en sí, dando el mismo peso a los datos humanos y a los naturales. Para estos, el estudio buscaría comprender el establecimiento, el mantenimiento y la ruptura del equilibrio entre el hombre y la naturaleza. La concepción ecológica informaría directamente de esta visión. La discusión, entre estas tres visiones del objeto, expresa el más intenso debate del pensamiento geográfico. Sin embargo,

en cualquiera de ellas se encuentra la idea de que la Geografía trabaja íntimamente con los fenómenos naturales y humanos.

Esta breve presentación de definiciones de Geografía, que no pretende de modo alguno ser exhaustiva, justifican la afirmación inicial en lo referente a las dificultades contenidas en la propuesta de esta obra. El mosaico de definiciones presentado se restringe a formulaciones genéricas, no se corresponde con formulaciones específicas ni con autores particulares, lo que multiplicaría enormemente el número de posibilidades de definición. Sin embargo, en las propuestas singulares muchas veces se encontrarán tentativas de relacionar dos o más definiciones presentadas. Además de esto, cada autor le da un ropaje propio (aunque a veces sólo a nivel terminológico) a su concepción del objeto geográfico. Así, la presentación se restringe a los grandes modelos “puros” de definición, y sólo a los de mayor repercusión.

También, debe tenerse en cuenta que la presentación abarcó solamente a las perspectivas de la Geografía Tradicional, esto es, no fueron abordadas las propuestas actuales, originadas en el movimiento de renovación, que domina el conjunto del pensamiento geográfico contemporáneo.

Esto muestra cuanto más complejo es el problema de la definición de la Geografía. Se tuvo en cuenta sólo la Geografía Tradicional, pues es en ella en que la cuestión del objeto aparece de modo más contundente. La Geografía Renovada no se queda en una visión tan estancada de división de las ciencias, no coloca barreras tan rígidas entre las disciplinas, luego, no posee una necesidad tan apremiante de formular una definición formal del objeto. Muy diferente es la situación de la Geografía Tradicional, apoyada en su totalidad en fundamentos positivistas, los cuales piden, para legitimar la autoridad de una ciencia, una definición precisa del objeto. La Geografía Renovada busca su legitimidad en la operabilidad (para el planeamiento), o en la relevancia social de sus estudios. Estas cuestiones serán retomadas. Aquí, cabe apenas enfatizar que la presentación realizada se limita a las perspectivas del pensamiento geográfico tradicional.

De lo que se dijo, se desprende que no existe consenso, mismo en el plano formal, al respecto de la materia tratada por la Geografía. Las varias definiciones formales del objeto de la Geografía testifican la controversia reinante. Debido a este hecho, muchas personas podrían preguntar de donde viene o si existe, la unidad del pensamiento geográfico. Para tratar de encaminar esta indagación, la misma se concentrará en el plano estricto de la Geografía Tradicional.

2

**El Positivismo
como fundamento
de la Geografía Tradicional**

A pesar del elevado número de definiciones de objeto, existentes en la reflexión geográfica, es posible encontrar una continuidad en ese pensamiento. Esta proviene, principalmente, del fundamento común de todas las corrientes de la Geografía Tradicional basadas en el positivismo. Es en esta concepción filosófica y metodológica que los geógrafos van a buscar sus orientaciones generales (las que no se refieren específicamente a la Geografía). Los postulados del positivismo (entendido aquí como el conjunto de las corrientes no dialécticas) van a ser el basamento sobre el cual se erige el pensamiento geográfico tradicional, dándole unidad.

Una primera manifestación de esta filiación positivista está en la reducción de la realidad al mundo de los sentidos, esto es, en circunscribir todo trabajo científico al dominio de la apariencia de los fenómenos. Así, para el positivismo, los estudios deben restringirse a los aspectos visibles de lo real, mensurables y palpables. Como si los fenómenos se manifestaran directamente al científico, quien sería un mero observador. De ahí la limitación de todos los procedimientos de análisis a la inducción, señalada como el único camino para la explicación científica. Tal postura aparece en la Geografía a través de una máxima muy gastada – “La Geografía es una ciencia empírica basada en la observación” – presente en todas las corrientes de esta disciplina. En primer lugar, se coloca algo que es común en todas las ciencias – al referirse a lo real – como un elemento específico de la Geografía. Más aún, una visión empobrecida de la realidad, reduce a esta al mero empirismo. La descripción, la enumeración y clasificación de los hechos referentes al espacio son momentos de su apreciación, pero la Geografía Tradicional se limitó a ellos, como si ellos cumplieren toda la tarea del trabajo científico. Y, de esta forma, comprometió sus propios procedimientos, algunas veces estableciendo relaciones entre elementos de distinta calidad, otras ignorando las mediaciones e importancia entre los procesos, otras formulando juicios genéricos apresurados. Y siempre concluyendo con la elaboración de tipos formales, ahistóricos, y, en tanto tales, abstractos (sin correspondencia con los hechos concretos). Esta concepción, presente en todas las definiciones expuestas, frustró la posibilidad a la Geografía de llegar a un conocimiento más generalizador, que no quedase a cuestas del formalismo topológico. En síntesis, que traspasase la descripción y clasificación de fenómenos. Por esta razón, la Geografía General, tan querida por los geógrafos, en la práctica siempre se restringió a los compendios enumerativos y exhaustivos, de tristes recuerdos para los estudiantes del secundario.

Otra manifestación de la filiación positivista, también convertida en una máxima geográfica, es la idea de la existencia de un único método de interpretación, común a todas las ciencias, esto es, la no aceptación de diferentes calidades entre el dominio de las ciencias humanas y el de las ciencias naturales. Tal método sería originario de los estudios de la naturaleza, las ciencias más desarrolladas, por las cuales las otras se deberían orientar. Esta concepción, que incide en la más grave naturalización de los fenómenos humanos, se expresa en la omnipresente afirmación: “La Geografía es una ciencia de contacto entre el dominio de la naturaleza y el de la humanidad”. Postura que sirvió para intentar encubrir el profundo naturalismo que es continuo en todo el pensamiento geográfico tradicional. El hombre, va aparecer como un elemento más del paisaje, como un dato del lugar, como un fenómeno más de la superficie de la Tierra. A pesar de ser algunas veces valorizado en las introducciones de los estudios, en el cuerpo del trabajo acaba reducido a un factor, a un conjunto de factores. De aquí es que la Geografía siempre habla de población (un concepto puramente numérico), y tan poco de sociedad. En verdad, la Geografía siempre procuró ser una ciencia natural de los fenómenos humanos. Esto se expresa, por ejemplo, en la posición de J. Brunhes, según quien, para la Geografía, la casa, (como elemento fijo del paisaje) tiene mayor importancia que el morador. O, en la afirmación de C. Vallaux, de que el hombre importa, para el análisis geográfico, por ser un agente de modelado del relieve, por su acción como fuerza de erosión. Tal perspectiva naturalizante aparece con claridad en el hecho de buscar en esta disciplina la comprensión de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, sin preocuparse en las relaciones entre los hombres. De esta forma, lo específicamente humano, representado en las relaciones sociales, queda fuera de su ámbito de estudios.

Así, la unidad del pensamiento geográfico tradicional sobrevendría de los fundamentos del positivismo, manifestado en una postura general, profundamente empirista y naturalista. Otra idea, presente en todas las definiciones de Geografía presentadas, que indirectamente se vincula a este fundamento, se encuentra expresada en la máxima: "La Geografía es una ciencia de síntesis". Esta concepción se alimenta en el afán clasificatorio del positivismo, siempre dando vueltas con una jerarquización de las ciencias. En este caso, revelando una enorme soberbia, al considerarse la Geografía como la culminación del conocimiento científico, esto es, como la disciplina que relacionaría y ordenaría los conocimientos producidos por todas las demás ciencias. Sería una especificidad misma del análisis geográfico trabajar con el conjunto de fenómenos que componen lo real, lo que abarcaría desde aquellos temas de la Física, hasta los del dominio de la Economía o de la Antropología. Entonces, todo entraría en el análisis geográfico, que de esta forma tendería a ser exhaustiva en términos de los elementos abarcados. Todo aquello que interfiere en la vida de la superficie de la Tierra sería plausible de integrarse al estudio. Para tener una idea de cuan abarcativa puede ser esta concepción, basta recordar la afirmación de Humboldt de que los hombres se relacionan con los fenómenos celestes a través de la luz y la gravedad. Esta concepción atribuye a la Geografía un carácter antisistemático, que la distinguiría de las demás ciencias, siendo por excelencia un conocimiento sintético, que unificaría los estudios sistemáticos efectuados por las demás ciencias. En verdad, la idea de "ciencia de síntesis" sirvió para encubrir la vaguedad y la indefinición del objeto. Tal idea, que postulaba un conocimiento excepcional, desvinculaba tal ciencia de una exigencia del propio positivismo – la definición precisa del objeto de estudio. Así, esta máxima servía para legitimar el estudio geográfico en base a un fundamento, del cual no se cumpliría una exigencia central.

A pesar de apoyarse en esto, la continuidad del pensamiento geográfico, también se sustentó en algunos principios elaborados en el proceso de constitución de la disciplina, considerados incuestionables. Estos principios, formulados a partir del trabajo de campo, serían conocimientos definitivos sobre el universo de análisis que el geógrafo no podría dejar de lado en sus estudios. Actuarían como reglas de procedimiento, y por esta razón suministrarían un elemento de unidad a la Geografía. A saber, son ellas, para quedarse con las más representativas: El principio de unidad terrestre – la Tierra es un todo que sólo puede ser comprendido en una visión de conjunto; o el principio de individualidad – cada lugar tiene una forma que le es propia y que no se reproduce de modo igual en otro lugar; el principio de actividad – todo en la naturaleza está en constante dinamismo; o el principio de conexión – todos los elementos de la superficie terrestre y todos los lugares se interrelacionan; o el principio de comparación – la diversidad de los lugares sólo puede ser aprehendida por la contraposición de individualidades; el principio de extensión – todo fenómeno se manifiesta en una porción variable del planeta; el principio de localización – la manifestación de todo fenómeno es posible de ser delimitada. Estos principios actuarán como recetarios de investigación, definiendo reglas generales en el tratamiento del objeto, que no podrían ser descuidadas. En cierto modo, definirían los rasgos que harían que un estudio fuera aceptado como geográfico. Se debe resaltar que la idea del principio es bastante cara al pensamiento positivista, lo que reafirma el juicio, según el cual, la Geografía debe su unidad a un fundamento común dado por esta corriente filosófica. Entretanto, la actitud principista restringió una verdadera discusión metodológica, dando lugar a una diversidad de posiciones también en este nivel. La generalidad de principios permitía que posiciones metodológicas antagónicas conviviesen en una aparente unidad. Las máximas y los principios son los responsables de la unidad y continuidad de la Geografía. Ambos vinculan formulaciones de un nivel bastante elevado de generalidad y vaguedad, permitiendo que se engloben en su seno propuestas dispares y hasta antagónicas. Tal hecho señala los dualismos que se continúan a lo largo de todo el pensamiento geográfico tradicional: Geografía Física – Geografía Humana, Geografía General – Geografía Regional, Geografía Sintética – Geografía Topológica y Geografía Unitaria – Geografías Especializadas. Estas dualidades afloran en el proceso de investigación, ante la no resolución del problema del objeto, a nivel teórico. Las soluciones propuestas son, en la mayor parte de casos, puramente formales (lingüísticas), y se diluyen en el trabajo de campo. En este, o se da énfasis a los fenómenos humanos, o a los naturales; o se trabaja con una visión global del planeta, o se avanza en la búsqueda de la individualidad de un lugar determinado; o se analiza a un nivel superficial la totalidad de los elementos presentes, o se profundiza apenas el estudio de una clase de elementos. En fin, la práctica de la investigación fuerza a opciones claras, que la investigación del objeto y la vaguedad y generalidad de los

principios y máximas dejan abiertas. Estas dualidades persiguen como una sombra a la Geografía Tradicional.

Las máximas y los principios van siendo incorporados y transmitidos, en el pensamiento geográfico, de una forma no crítica. Esto es, son tomados como afirmaciones verdaderas, que en ningún momento son cuestionadas. Tales afirmaciones recorren en serie y son el basamento de los estudios geográficos, los cuales, a pesar de ser frágiles, suministran la única sustentación de autoridad y legitimidad de esta disciplina. En caso de cuestionarse o criticarse este basamento, podría derruirse el edificio geográfico. Así pues, la asimilación acrítica de las máximas y principios tendría por función evitar que se rompa la autoridad de la Geografía, de aquí que no se cuestione la fragilidad de las formulaciones. Tal práctica se apoya en la defensa de posiciones establecidas, en la no recepción de innovaciones y en la falta de una toma de posición. Entretanto, todo esto es disimulado bajo la capa de la tradición. La repetición constante de máximas y principios va a darle un tono de verdad consuetudinaria; se fetichizan, adquieren aires de legitimidad. En el límite, son asimilados por los autores menos críticos y por aquellos que se encuentran ocupados en la investigación empírica, que la llevan a cabo de forma automática, sin una valorización detallada, y así mismo sin conciencia de sus fundamentos implícitos. Por eso las dualidades se mantienen, y se reproducen.

Por todas estas razones, surgen dificultades para cualquiera que se proponga explicar qué es la Geografía. Y, todo esto, sin haber penetrado en el movimiento de renovación de la Geografía, emprendido a partir de los años sesenta, el cual engendra una serie de nuevas definiciones, además de abrir la posibilidad a otras tantas. Estos planteos que colocan sus perspectivas de fundamentación fuera del positivismo clásico (la Fenomenología, el estructuralismo, el neopositivismo, y el marxismo, entre otras), abre a la discusión geográfica, caminos hasta entonces no recorridos por la misma, lo que va a multiplicar las dificultades existentes para definir la materia tratada por esta disciplina.

En verdad, las máximas, los principios, y, principalmente, el trabajo de investigación, llevado a cabo en años de actividad (casi dos siglos de Geografía), acaban por construir un temario general, al que se asocia la designación de Geografía. Esto sólo facilita en parte la tarea de definir esta disciplina, pues suministra una indicación genérica e implícita de la materia por ella tratada. Sirve más para decir lo que no es Geografía, que para definir su objeto. El temario realiza la circunscripción más abarcativa del dominio del conocimiento geográfico. Y es que, a pesar de haberse constituido en el período de la Geografía Tradicional, este es mantenido por el movimiento renovador, creando un vínculo entre los productos de estos dos pensamientos. Entretanto, como fue mencionado, este temario es implícito. Y más aún, sólo se manifiesta sustentado en las propuestas teóricas y en los trabajos empíricos desarrollados. Así, su fluidez no le permite ser la definición del objeto del objeto en sí. En caso de que intentase proceder así, se reeditaría la vaguedad de las definiciones positivas de la Geografía Tradicional.

Según el temario general de la Geografía, esta disciplina trata de los hechos referentes al espacio, es más, a un espacio concreto, finito y delimitable – la superficie terrestre. Sólo será geográfico un estudio que aborde la forma, la formación, la dinámica (movimiento o funcionamiento), la organización, o la transformación del espacio terrestre. Cualquier tentativa de explicitar o precisar estos resultados redundaría en “una definición formal más”, que delimitaría la generalidad y vaguedad del temario a costa de una propuesta parcial, que dejaría de lado alguna perspectiva. Sería vana toda tentativa de buscar un consenso que no fuera vago. La imposibilidad que exista un contenido consensual en la Geografía está en el hecho de que en el temario general se sustentizan propuestas apoyadas en concepciones de mundo, en metodologías y posiciones sociales diversificadas y muchas veces antagónicas. Las diferentes definiciones del objeto geográfico reflejan (y reflejarán siempre) el temario general, filtrado a la luz de las posiciones sociales (políticas, ideológicas y científicas) diferenciadas. Sólo por medio del mito de la ciencia aséptica, supraideológica, “que se coloca por encima de las pasiones”, sería posible pensar una definición de objeto consensual. Siendo la sociedad de clases conflictiva, y siendo las ciencias expresiones de la sociedad, ¿cómo esperar que en ellas reine armonía?

Los métodos de interpretación expresan posiciones sociales, a nivel de la ciencia. La existencia de la diversidad metodológica expresa el conflicto que reina en una sociedad de clases. A la lucha de clases, corresponde la lucha ideológica, que tiene en el dominio del conocimiento científico, su palco privilegiado. La Geografía, aceptando este rótulo como lo que denomina los estudios abarcados por el temario general presentado, siendo también una emanación de la práctica social, no escapa a este cuadro. Toda tentativa de definir el objeto

geográfico, que no tenga en cuenta esta realidad, es ocultadora, ideológica. Las diferentes propuestas se vincularán siempre con contenidos e intereses de clase. Siendo la estructura de clases contradictoria, las propuestas serán necesariamente antagónicas.

Frente a estas razones, la pregunta – ¿qué es la Geografía? – adquiere una nueva connotación. Se abandona el plano de la abstracción, cuando se acepta que existen tantas Geografías como formas y métodos de interpretación. Es más, Geografía es apenas un rótulo referido a un temario general. Y esto sólo se sustantiviza a través de propuestas orientadas por métodos que expresan posiciones sociales. Así, lo que es Geografía dependerá de la postura política, de la composición social de quien hace Geografía. Así, existirán tantas Geografías, como tantas posiciones sociales existan.

De esta forma, explicar lo que es Geografía, pasa a ser la explicitación del contenido de clase subyacente a cada propuesta. Así, cabe realizar una breve historia crítica del pensamiento geográfico, enfatizando los intereses y las tareas vinculadas por esta disciplina. Un geógrafo militante ya dijo que “la Geografía es una práctica social referida al espacio terrestre”, la que puede ser de dominación (como ha sido en la mayoría de las veces), aunque también de liberación. Por eso cabe también realizar un inventario de la discusión geográfica reciente, analizando las propuestas surgidas posteriormente al movimiento de renovación. Y, a través de ellas, identificar los agentes y las prácticas sociales, referidas al espacio en juego en la actualidad. En otras palabras, investigar el estado de la lucha ideológica, desarrollada en ese campo de debate específico, que es la Geografía. Más aún, en función de esta lucha, proponer orientaciones generales, que permitan pensar esta disciplina como instrumento de una práctica liberadora.

3

**Orígenes y presupuestos
de la Geografía**

El rótulo Geografía es bastante antiguo, sus orígenes se remontan a la Antigüedad Clásica, específicamente al pensamiento griego. Sin embargo, a pesar de la difusión del uso de este término, el contenido referido a él es muy variado. Poniendo la atención sólo en el pensamiento griego, ya se delineaban allí algunas perspectivas distintas de Geografía: una, con Tales y Anaximandro, privilegia la medición del espacio y la discusión de la forma de la Tierra, englobando un contenido hoy definido como Geodesia; otra, con Heródoto, se preocupa por la descripción de los lugares, en una perspectiva regional. Esto para no hablar de aquellas discusiones, hoy consideradas geográficas, que no aparecían bajo esta designación, como la de la relación entre el hombre y el medio, presente en Hipócrates, cuya principal obra se titula *De los aires, de los mares y de los lugares*. Muchas veces, en la obra de un mismo autor, aparece en varios momentos la discusión de temas, hoy considerados como de Geografía, sin que hubiese la mínima conexión entre ellos; es el caso, por ejemplo, de Aristóteles, que discute el concepción de lugar, en su *Física*, sin articularla con la relación hombre-naturaleza, presentada en su *Política*, y sin vincular esos estudios con su *Meteorología* (donde ensaya una clasificación de los tipos de clima) y con sus descripciones regionales, como la efectuada sobre Egipto.

De esta forma, puede decirse que el conocimiento geográfico se encontraba disperso. Por un lado, las materias presentadas con esa designación eran bastante diversificadas, sin un contenido unitario. Por otro lado, mucho de lo que hoy se entiende por Geografía, no era presentado con este rótulo. Este cuadro va a permanecer inalterado hasta el final del siglo XVIII. Esto no quiere decir que no existan autores representativos, en el discurrir de este enorme período de la Historia de la humanidad, que tenían adjudicada esta rotulación a sus estudios. Basta pensar en Claudio Ptolomeo, que escribe una obra *Síntesis Geográfica* que principalmente en su versión árabe titulada *Almagesto*, va a constituirse en uno de los principales vehículos que rescatan los descubrimientos del pensamiento griego clásico, durante la Edad Media. O en Bernardo Varenius, cuya obra *Geografía Generalis* va a ser uno de los fundamentos de las teorías de Newton. Sin embargo, al analizar las exposiciones de estos autores, se observa que la mayor parte de los temas tratados tienen poco o nada en común con lo que posteriormente será considerado Geografía.

Así, hasta el final del siglo XVIII, no es posible hablar de conocimiento geográfico, como algo reglamentado, con un mínimo de unidad temática, y de continuidad en las formulaciones. Se designan como Geografía: relatos de viaje, escritos en tono literario; compendios de curiosidades, sobre lugares exóticos; áridos relatos estadísticos de órganos de administración; obras sintéticas, ordenando los conocimientos existentes respecto de los fenómenos naturales; catálogos sistemáticos, sobre los continentes y los países del Globo; etc. En verdad, se trata de todo un período de dispersión del conocimiento geográfico, donde es imposible hablar de esta disciplina como un todo sistematizado y particularizado. Nelson Werneck Sodré lo denomina "prehistoria de la Geografía".

La sistematización del conocimiento geográfico sólo va a ocurrir en el inicio del siglo XIX. Y no podría ser de otro modo, pues pensar la Geografía como un conocimiento autónomo, particular, demandaba un cierto número de condiciones históricas, que solamente en esta época estarán suficientemente maduras. Estos presupuestos históricos de la sistematización geográfica se objetivan en el proceso de avance y dominio de las relaciones capitalistas de producción. Así, en la misma constitución del modo de producción capitalista.

El primero de estos presupuestos decía respecto al conocimiento efectivo de la extensión real del planeta. Esto es, era necesario que toda la Tierra fuese conocida para que fuera pensado su estudio de manera unitaria. El conocimiento de la dimensión y de la forma real de los continentes era la base para la idea de conjunto terrestre, concepción básica para la reflexión geográfica. Esta concepción comienza a realizarse con las "grandes navegaciones", y los consecuentes descubrimientos, efectuados por los europeos, a partir del año mil quinientos. La constitución de un espacio mundial, que tiene como centro difusor a Europa, es el elemento destacado del proceso de transición del feudalismo al capitalismo. La formación de este modo de producción exige la articulación de sus relaciones a una escala planetaria, lo que hace expandir el área de acción de las sociedades europeas a todo el globo terrestre. Este proceso

de formación de un espacio mundializado, por primera vez durante la Historia de la humanidad, sólo está plenamente constituido a finales del siglo XIX. Lo que no quiere decir que, en esta época, todos los puntos de la Tierra ya habían sido visitados, más que su existencia ya era conocida. Había conciencia de los contornos generales de la superficie terrestre, de las tierras existentes.

Otro presupuesto de la sistematización de la Geografía era la existencia de un depósito de información sobre distintos lugares de la Tierra. Es decir, que los datos referentes a los puntos más diversos de la superficie ya estuviesen relevados (con un margen de confianza razonable) y agrupados en algunos archivos. Tal condición incidía en la formación de una base empírica para la comparación en Geografía. Sólo a partir de ahí, sería posible tratar, en base a evidencias, el carácter variable de los lugares, la diversidad de la superficie terrestre. Así, el relevamiento de las realidades locales, en número elevado, aparece como un fundamento de una reflexión geográfica sólida. Tal condición se va a sustantivar con el propio avance del mercantilismo y con la formación de los imperios coloniales. La apropiación de un territorio dado implicaba el establecimiento de una relación más estrecha con los elementos allí existentes, por lo tanto, en un mayor conocimiento de su realidad local. El dominio implicaba ir más allá del simple conocimiento de nuevas tierras, era necesario penetrarlas y crear allí establecimientos permanentes, en síntesis, apropiárselas. La exploración productiva de territorios coloniales, junto al establecimiento de actividades económicas, profundizaba aún más el conocimiento de sus características. Con el desarrollo del comercio colonial, los Estados europeos van a incentivar el inventario de los recursos naturales, presentes en sus posesiones, generando informaciones más sistemáticas, y observaciones más científicas. Así, se pasó de los relatos ocasionales a los relevamientos más técnicos; de las expediciones exploradoras a las expediciones científicas. El interés de los Estados llevó aún a la fundación de institutos en las metrópolis, que pasaron a recopilar el material recogido, como las sociedades geográficas y los escritorios coloniales. La Geografía de la primera mitad del siglo XIX fue, fundamentalmente, la elaboración de este material.

Otro presupuesto para la aparición de una Geografía unitaria, residiría en el entrenamiento en las técnicas cartográficas, el instrumento por excelencia del geógrafo. Era necesario tener la posibilidad de representar los fenómenos observados y de localizarlos en el territorio. Así, la representación gráfica, de modo estructurado y preciso era un requisito de la reflexión geográfica, era también una necesidad para la expansión del comercio. La aparición de una economía global, que articulaba distintas y alejadas partes de la Tierra, demandaba cartas y mapas más precisos. Era fundamental, para la navegación, poder calcular las rutas, saber la orientación de las corrientes y de los vientos predominantes, y la localización correcta de los puertos. Estas exigencias hicieron desarrollar el instrumental técnico de la cartografía. Finalmente, el descubrimiento de las técnicas de impresión, difundieron y popularizaron las cartas y los atlas.

Todas estas condiciones materiales, para la sistematización de la Geografía, son forjadas en el proceso de avance y dominio de las relaciones capitalistas. Se refieren al desarrollo de las fuerzas productivas que subyace a la emergencia de un nuevo modo de producción. Mientras tanto, existen otra clase de presupuestos la de los referidos a la evolución del pensamiento. Estos se sustentizan en el movimiento ideológico, engendrado por el proceso de transición del feudalismo al capitalismo. Así, se da una correspondencia en el plano filosófico y científico con las transformaciones operadas a nivel económico y político. Estos presupuestos implicaban la valorización de los temas geográficos de acuerdo a la reflexión de la época, a punto de legitimar la creación de una disciplina científica dedicada a ellos. Estas condiciones necesarias se expresan en fuentes inmediatas del pensamiento geográfico, en aquellos autores y escritos directamente citados por los primeros geógrafos. Así, estos presupuestos se refieren al conjunto de las formulaciones que, incidiendo sobre los temas tratados por la Geografía, los valorizan, los legitiman, en fin, los dotan de una ciudadanía académica.

Una primera valorización del temario geográfico va a ocurrir en la discusión de la Filosofía. As corrientes filosóficas del siglo XVII van a proponer explicaciones abarcativas del mundo, formulan sistemas que buscan la comprensión de todos los fenómenos de lo real. La meta general de todas las escuelas, en este período, será la afirmación de las posibilidades de la razón humana, la aceptación de la existencia de un orden, una manifestación de todos los fenómenos, plausible de ser aprendida por el entendimiento y enunciada en términos sistemáticos; una fe en la viabilidad de una explicación racional del mundo. Esta postura progresista incide en el movimiento de refutación de los remanentes del orden feudal, pues

este se apoyaba en una explicación teológica del mundo. Proponer la explicación racional del mundo implicaba deslegitimar la visión religiosa, luego, el orden social por ella legitimado. Esta perspectiva, de explicar todos los fenómenos, englobaba también aquellos tratados por la Geografía, siendo así un fundamento general de su sistematización. Sin embargo, había discusiones específicas que directamente trataban temas geográficos. Los autores que se dedicaron a la Filosofía del Conocimiento, como Kant o Leibniz, enfatizaron la cuestión del espacio. En el caso de Kant, sin articular esta discusión (puesta al nivel de la “razón pura”) con aquella por el efectuada con el rótulo explícito de Geografía (puesta al nivel de la “razón práctica”). Otros filósofos, que discutirán la Filosofía de la Historia, como Hegel o Herder, destacarán la cuestión de la influencia del medio sobre la evolución de las sociedades. Herder formula una idea que será acatada con entusiasmo por los geógrafos, la de ver a la Tierra como “teatro de la humanidad”. En fin, estas formulaciones encontrarán una valorización en el temario de la Geografía.

Otra fuente de la sistematización geográfica puede ser detectada en los pensadores políticos del Iluminismo. Estos autores fueron los portavoces del nuevo régimen político, los ideólogos de las revoluciones burguesas, los propositores de una organización institucional, que interesaba al modo de producción emergente. En sus argumentaciones, tocarán temas propios de la Geografía, especialmente al discutir las formas de poder y de organización del Estado. Rousseau, por ejemplo, discutió la relación entre la gestión del Estado, las formas de representación y la extensión del territorio de una sociedad. Él decía que la democracia sólo era posible en las naciones poco extensas, y que los Estados de grandes dimensiones territoriales tendrían necesariamente las formas de gobierno autocráticas. Otro autor iluminista, Montesquieu, en su célebre obra *El Espíritu de las Leyes*, dedica todo un capítulo a la discusión sobre la acción del medio sobre el carácter de los pueblos. En este sentido, elabora tesis profundamente deterministas, como la que los pueblos, que habitan las regiones montañosas, serían de índole pacífica (pues contarían con una protección natural del medio), al paso que los habitantes de la planicie serían naturalmente guerreros (de acuerdo a la continua posibilidad de invasiones propiciada por el relieve plano). De todos modos, estas discusiones vendrían a enriquecer la posición alcanzada por los temas geográficos; sus citas son comunes en los trabajos de los primeros geógrafos.

Los trabajos desarrollados por la Economía Política también actuaron en la valorización de los temas geográficos. Esta disciplina fue responsable por los primeros análisis sistemáticos de fenómenos de la vida social. Su desarrollo precoz se debe a las propias necesidades prácticas ante el incremento del comercio y de las relaciones económicas en general, que imponían la creación de una contabilidad racional y la ordenación jurisdiccional o catastral de las finanzas. Los economistas políticos discutirán cuestiones geográficas, al tratar temas tales como la productividad natural del suelo; la dotación diferenciada de los lugares, en términos de recursos minerales, el problema de la distancia, o del aumento poblacional, entre otros. Sus teorías divulgarán estas cuestiones, que posteriormente constituirán el territorio clásico de la Geografía. De ahí el hecho que autores como Adam Smith y Malthus fueran citados con frecuencia por los sistematizadores del conocimiento geográfico.

Finalmente, el temario geográfico va a obtener el pleno reconocimiento de su autoridad, con la aparición de teorías de Evolucionismo. Estas, contemporáneas de la sistematización de la Geografía, suministrarán el basamento inmediato para la legitimación científica de esta disciplina. El Evolucionismo, visto como conjunto de teorías, que parten de las formulaciones de Darwin y Lamarck, da un lugar destacado, en su explicación, al papel desempeñado por las condiciones ambientales; en la evolución de las especies, la adaptación al medio sería uno de los procesos fundamentales. Son innumerables las alusiones a Darwin y Lamarck, en las obras de los primeros geógrafos. También un discípulo de éste, Haeckel, va a ser bastante citado; desarrolló la idea de Ecología, esto es, del estudio de la interrelación de los elementos que cohabitan en un espacio dado. Dada la difusión de las teorías evolucionistas en el medio académico de la época, la Geografía tiene en ellas una base científica sólida para sus indagaciones. Tal fuente fue, en gran parte, responsable de la metodología naturalista que impregnó las propuestas de los primeros geógrafos y que pasó como herencia a sus sucesores.

Al inicio del siglo XIX, la malla de los presupuestos históricos de sistematización de la Geografía ya estaba suficientemente tejida. Se conocía la Tierra en su totalidad. Europa articulaba un espacio de relaciones económicas mundial, el desarrollo del comercio ponía en contacto los lugares más distantes. El colonizador europeo detentaba informaciones de los puntos más variados de la superficie terrestre. Las representaciones del Globo estaban

desarrolladas y difundidas por el uso cada vez mayor de los mapas, que se multiplicaban. La fe en la razón humana, impuesta por la Filosofía, abría la posibilidad de una explicación racional para cualquier fenómeno de la realidad. Las bases de la ciencia moderna ya estaban asentadas. Las ciencias naturales habían constituido un caudal de conceptos y teorías, que la Geografía tomaría a fin de formular su método. Y, principalmente, los temas geográficos eran considerados relevantes, sobre ellos cabría llevar a cabo indagaciones científicas.

Estas condiciones se habían constituido en el propio proceso de formación, avance y dominio de las relaciones capitalistas. Tal proceso realiza tanto las condiciones materiales, como los vinculados a la evolución del pensamiento. La sistematización de la Geografía, su consideración como ciencia particular y autónoma, fue una consecuencia de las transformaciones operadas en la vida social, por la emergencia del modo de producción capitalista. Es más, la Geografía fue, en verdad, un instrumento de la etapa final de este proceso de consolidación del capitalismo, en determinados países de Europa. Así, los presupuestos históricos y las fuentes de sistematización geográfica se forjarán en el período de transición, en la “fase heroica” de la burguesía, en que esta clase actuaba y pensaba en el sentido de transformar el orden social existente. Su lucha, contra los resquicios del modo de producción feudal, daba un contenido progresista a su práctica y a su pensamiento. Por otro lado, la sistematización geográfica, en si misma, ocurría ya en un momento de pleno dominio de las relaciones capitalistas, en el que la burguesía ya se asentara en el control de los Estados. De este modo, la efectivización de la Geografía, como un cuerpo de conocimientos sistematizado ocurría ya en el período de decadencia ideológica del pensamiento burgués, en el que la práctica de esa clase, entonces dominante, intentaba el mantenimiento del orden social existente. Este es un dato fundamental para comprender lo que fue la Geografía.

El proceso de transición del feudalismo al capitalismo se manifestó a nivel continental en Europa. Sin embargo, no de forma homogénea. Al contrario, obedeciendo las particularidades, en cada país donde se presentó. Existirán, así, vías singulares de desarrollo del capitalismo, que engendrarán manifestaciones distintas. La Geografía será hija de una de estas singularidades. Aquella de la vía particular del desarrollo del capitalismo en Alemania, sin la cual no se puede comprender la sistematización de la Geografía. Los autores considerados los padres de la Geografía, aquellos que establecen una línea de continuidad en esta disciplina, son alemanes – Humboldt y Ritter. En verdad, todo el eje principal de la elaboración geográfica, en el siglo XIX, estará centrada en ese país. Es en Alemania donde aparecen los primeros institutos y las primeras cátedras dedicadas a esta disciplina; es allí donde se forman las primeras corrientes de este pensamiento. Tal relación, entre el surgimiento de la Geografía y la vía del desarrollo del capitalismo en Alemania, no es gratuita ni aleatoria. Por esta razón, cabe discutirla.

La sistematización de la Geografía. Humboldt y Ritter

La especificidad de la situación histórica de Alemania, en el inicio del siglo XIX, época en que se da la eclosión de la Geografía, está en el carácter tardío de la penetración de las relaciones capitalistas en ese país. En verdad, el país no existe en cuanto tal, pues aún no se ha constituido como Estado Nacional. La Alemania de entonces era un conglomerado de feudos (ducados, principados y reinos), cuya única ligazón reside en algunos trazos culturales comunes. Es inexistente cualquier unidad económica o política, la primera comenzando a constituirse en el correr del siglo XIX, la segunda sólo efectivizándose en 1870, con la unificación nacional. Por lo tanto, Alemania no conoce la monarquía absoluta (forma de gobierno propia del período de transición), ni cualquier otro tipo de gobierno centralizado. El poder está en manos de los propietarios de las tierras, siendo absoluto a nivel local – la estructura feudal permanece intacta. Es en este cuadro que las relaciones capitalistas van a penetrar, sin romper (al contrario, conciliando) con el orden vigente. Tal penetración va a producir un arreglo singular, aquello que ya fue llamado por algunos autores como “feudalismo modernizado”. Esto es, un relativo desarrollo del capitalismo, engendrado por agentes sociales propios del feudalismo – la aristocracia agraria; una transformación económica, que se opera sin alterar la estructura del poder existente.

El capitalismo penetra en el cuadro agrario alemán sin alterar la estructura fundiaria. La propiedad de la tierra, origen de todo el poder, permanece en las manos de los elementos precapitalistas. Estos se tornan capitalistas, por el destino dado a la producción: el latifundio que poseía una economía cerrada, de autocosumo, pasa a producir para un mercado. Entretanto, las relaciones de trabajo no se alteran – la servidumbre (forma de trabajo típica del feudalismo) permanece como base de toda la producción. Así, se mezclan elementos típicamente feudales con otros propios del capitalismo: producción para el mercado con trabajo servil. El comercio local no se desarrolla, siendo la producción destinada al exterior. El comercio entre las unidades, los principados y ducados alemanes, tampoco se intensifica, en función de las barreras aduaneras existentes entre ellos. En función de eso, poco se desarrollan las ciudades, y también la clase que le es propia – la burguesía. Esta, pulverizada y débil, es en verdad una pequeña burguesía local; no consigue imponer sus intereses, como sus congéneres francesa o inglesa. No ocurre en Alemania una revolución democrático-burguesa. La burguesía alemana sólo se desarrollará a la sombra del Estado, y de un Estado comandado por la aristocracia agraria. Este es el cuadro de Alemania a fines del siglo XVIII.

La propia sedimentación de las relaciones capitalistas y, principalmente, el expansionismo napoleónico, van a suscitar en las clases dominantes alemanas la idea de unificación nacional. Esta meta pasa a ser, a partir de cierto momento, una necesidad para la propia continuidad del desarrollo alemán. Esto se había acelerado en función del bloqueo continental impuesto por Bonaparte, que propició una incipiente industrialización en algunas ciudades de Alemania, además de incrementar el comercio interno. Este ideal de unidad va a tener su primera manifestación concreta con la formación, en 1815, de la “Confederación Germánica”, que congregó a todos los principados alemanes y los reinos de Austria y Prusia. A pesar de no constituir aún una unificación nacional, se establecieron mayores lazos económicos entre sus miembros, con la eliminación de los impuestos aduaneros. Es dentro de esta situación que se puede comprender la aparición de la Geografía.

La falta de constitución de un Estado Nacional, la extrema diversidad entre los varios miembros de la Confederación, la ausencia de relaciones duraderas entre ellos, la inexistencia de un centro organizador del espacio, o de un punto de convergencia de las relaciones económicas, – todos estos aspectos confieren a la discusión geográfica una relevancia especial, para las clases dominantes de Alemania, en el inicio del siglo XIX. Temas como dominio y organización del espacio, apropiación del territorio, variación regional, entre otros, estarán a la orden del día en la práctica de la sociedad alemana de entonces. Es, sin duda, de lo que se alimentará la sistematización geográfica. Del mismo modo como la Sociología aparece en Francia, donde la cuestión central era la organización social (un país en que la lucha de clases alcanza un radicalismo único), la Geografía surge en Alemania, donde la cuestión del espacio era la primordial.

Las primeras posiciones, en el sentido de una Geografía sistematizada, van a ser obra de dos autores prusianos ligados a la aristocracia: Alexandre von Humboldt, consejero del rey

de Prusia, y Karl Ritter, tutor de una familia de banqueros. Ambos son contemporáneos y pertenecen a la generación que vivió la Revolución Francesa: Humboldt nace en 1769 y Ritter en 1779; los dos mueren en 1859, ocupando altos cargos en la jerarquía universitaria alemana.

Humboldt poseía una formación de naturalista y realizó innumerables viajes. Su propuesta de Geografía aparece en la justificación y explicitación de sus propios procedimientos de análisis. Así, no estaba preocupado en formular los principios de una nueva disciplina. De esta forma, su trabajo no tenía un contenido normativo explícito. Sus principales libros son: Cuadros de la *Naturaleza y Cosmos*, ambos publicados en el primer cuarto del siglo XIX. Humboldt entendía la Geografía como la parte terrestre de la ciencia, esto es, como una especie de síntesis de todos los conocimientos relativos a la Tierra. Tal concepción se manifiesta en su definición de objeto geográfico, que sería: “La contemplación de la universalidad de las cosas, de todo lo que coexiste en el espacio concerniente a sustancias y fuerzas, de la simultaneidad de los seres materiales que coexisten en la Tierra”. Cabría al estudio geográfico: “reconocer la unidad en la inmensa variedad de los fenómenos, descubrir por el libre ejercicio del pensamiento y combinando las observaciones, la constancia de los fenómenos en medio de sus variaciones aparentes”. De esta forma, la Geografía sería una disciplina eminentemente sintética, preocupada de la conexión entre los elementos, y buscando, a través de esas conexiones, la causalidad existente en la naturaleza. En términos de método, Humboldt propone el “empirismo racionalizado”, esto es, la intuición a partir de la observación. El geógrafo debería contemplar el paisaje de una forma casi estética (de ahí el título del primer capítulo del *Cosmos*: “De los grados de placer que la contemplación de la naturaleza puede ofrecer”). El paisaje causaría en el observador una “impresión”, la cual, combinada con la observación sistemática de los elementos componentes, y filtrada por el raciocinio lógico, llevaría a la explicación: a la causalidad de las conexiones contenidas en el paisaje observado. De ahí la afirmación de Humboldt: “la causalidad introduce la unidad entre el mundo sensible y el mundo del intelecto”. Pues es, al mismo tiempo, algo existente de hecho en la naturaleza, pero sólo aprehensible por la razón; es decir, una inherencia del objeto y una construcción del sujeto.

La obra de Ritter ya es explícitamente metodológica. En su principal trabajo, *Geografía Comparada*, hay un intento deliberado de proponer una Geografía, siendo así un libro normativo. La formación de Ritter también es radicalmente distinta de la de Humboldt, en cuanto aquél, era geólogo y botánico, éste poseía formación en Filosofía e Historia. Ritter define el concepto de “sistema natural”, esto es, un área delimitada dotada de una individualidad. La Geografía debería estudiar estos arreglos individuales, y compararlos. Cada arreglo abarcaría un conjunto de elementos, representando una totalidad, donde el hombre sería el principal elemento. Así, la Geografía de Ritter es, principalmente, un estudio de los lugares, una búsqueda de la individualidad de éstos. Toda esta propuesta se asentaba en la arraigada perspectiva religiosa de este autor. Para él, la ciencia era una forma de relación entre el hombre y el “creador” (con una dimensión interior de revelación), una tentativa de perfeccionamiento de las acciones humanas, una aproximación a la divinidad. En este sentido, cabría a la Geografía explicar la individualidad de los sistemas naturales, pues en ésta se expresaría el designio de la divinidad al crear aquel lugar específico. La meta sería llegar a una armonía entre la acción humana y los designios divinos, manifiestos en la variable naturaleza de los medios. Para Ritter el orden natural obedecería a un fin previsto por Dios, la causalidad de la naturaleza obedecería a la designación divina del movimiento de los fenómenos. De este modo, habría una finalidad en la naturaleza, luego una predestinación de los lugares. Comprender esta predestinación sería la tarea del conocimiento geográfico, que en última instancia, para este autor, sería una forma de “contemplación de la misma divinidad”. La propuesta de Ritter es, por estas razones, antropocéntrica (el hombre es el objeto de la naturaleza), regional (apunta al estudio de individualidades), valorizando la relación hombre-naturaleza. En términos de método, Ritter va a reforzar el análisis empírico – para él, es necesario avanzar de “observación en observación”.

La obra de estos dos autores constituye la base de la Geografía Tradicional. Todos los trabajos posteriores van a remitirse a las formulaciones de Humboldt y Ritter, ya sea para aceptarlas o refutarlas. A pesar de las diferencias entre éstas –La Geografía de Ritter es regional y antropocéntrica, la de Humboldt busca abarcar todo el Globo sin privilegiar al hombre – los puntos de coincidencia van aparecer, para los geógrafos posteriores, como fundamentos incuestionables de una Geografía unitaria. Así, estos autores crean una línea de continuidad en el pensamiento geográfico, cosa hasta entonces inexistente. Más allá de esto, ha de resaltarse el papel institucional desempeñado por ellos, en la formación de las cátedras de esa disciplina,

dando así a la Geografía una ciudadanía académica. Entretanto, a pesar de este legado en el pensamiento geográfico posterior, no dejaron discípulos directos. Esto es, no formaron una “escuela”. Dejan una influencia general, que será rescatada por todas las “escuelas de la Geografía Tradicional.

Las posiciones de Humboldt y Ritter son bastante difundidas. Varios de los más eminentes geógrafos de las generación siguiente fueron alumnos de éste último: E. Reclus, Semenov Tyan-Shanskiy, F. von Richthofen, entre otros. Pero también éstos formulan propuestas propias. Fue tal vez en Rusia que las ideas de Humboldt y Ritter tuvieron aplicación más literal, en autores como Mushketov, Dokuchaev y Woiekov. A pesar de realizar la Geografía rusa un vigoroso trabajo de campo, es, sin duda, en Alemania donde la discusión metodológica permanece viva. Por lo tanto, fue de ese país de donde vinieron las mayores contribuciones a la sistematización del pensamiento geográfico. Esto no quiere decir que no existan geógrafos importantes en otros países. Basta pensar en el citado Elisée Reclus de Francia. Entretanto, el eje de la discusión geográfica continúa en Alemania, durante todo el siglo XIX.

La generación que sigue a la de Humboldt y Ritter va a destacarse más por el avance emprendido en la sistematización de estudios especializados, que en la Geografía General. Es el caso de W. Penk, con la Geomorfología (estudio del relieve), y de Hann y Köppen con la Climatología. Podría decirse que el desarrollo de estos estudios era un prerequisite para avanzar, más allá de las formulaciones de Humboldt y Ritter, en la sistematización de la Geografía. Dos autores merecen destacarse en este sentido: O. Peschel y F. von Richthofen. El primero realizó una revisión crítica de la obra de Ritter, contestándola. Para Peschel, la Geografía es un estudio de las formas existentes en los paisajes terrestres, la cual, entre ellas, debería buscar las semejanzas a través de la comparación. Richthofen realizó numerosos trabajos de campo, perfeccionando las técnicas de descripción. También avanzó en lo que se refiere a la elucidación y precisión de los conceptos empleados. Propuso una de las definiciones más empíricas del objeto geográfico, viéndolo como “la superficie terrestre”. Estos autores ayudaron a mantener abierta una vía de discusión teórica del pensamiento geográfico en Alemania, en los otros países de Europa, la Geografía seguía constituida por levantamientos empíricos y enumeraciones exhaustivas sobre los diferentes lugares de la Tierra.

Ratzel y la Antropogeografía

Una revitalización del proceso de sistematización de la geografía va a ocurrir con las formulaciones de Friedrich Ratzel. Este autor, también alemán y prusiano, publica sus obras en el último cuarto del siglo XIX. En tanto Humboldt y Ritter vivieron la aparición del ideal de unificación alemana, Ratzel vive la constitución real del Estado nacional alemán y sus primeras décadas. Sus formulaciones sólo son comprensibles en función de la época y de la sociedad que las engendraron. La Geografía de Ratzel fue un instrumento poderoso de legitimación de los proyectos expansionistas del Estado alemán recién constituido. L. Febvre llegó a denominarla “manual de imperialismo”. Así, cabe analizar, al menos en líneas generales, el proceso de unificación de Alemania.

Se señaló, algunas páginas atrás, que las relaciones capitalistas penetran tardíamente en este país, y en una conciliación con la estructura heredada del feudalismo. Se observó también que la Confederación Germánica fue el primer paso en el sentido de la unificación. Asimismo, a mediados del siglo pasado, el poder todavía se encontraba disperso en las diferentes unidades confederadas. Era fruto de dominaciones locales, sin la existencia de un gobierno central. Prusia y Austria disputaban la hegemonía dentro de la Confederación. El segundo paso, en el sentido de la unificación, fue forjado en la represión de los levantamientos populares de 1848. En ese año, la ola revolucionaria que asola a Europa se manifiesta también en varias ciudades de la Confederación Germánica: Viena, Berlín, Frankfurt, entre otras. La reacción de las clases dominantes locales a estos movimientos las aproxima, pues se establecen alianzas y acciones unificadas, y aún centralizadas en un comando común. Así, en la contra-revolución, se forma un bloque reaccionario unitario, estrechándose los lazos políticos y militares. Además de esto, la propuesta de la unificación constaba en el ideario de los revolucionarios, el cual, por reflejo, reforzó esta propuesta al nivel de las propias clases dominantes locales, que percibieron el respaldo de las masas populares a la unificación. En fin, este fue el camino directo de la constitución del Estado alemán. La conciencia de este hecho y la posibilidad próxima de unificación, estimularon la disputa entre Austria y Prusia por el comando y dominio del proceso, que culmina con la guerra entre los dos reinos. La victoria del segundo determinó que la unidad fuese establecida a través de la prusianización de Alemania. Es decir, el Estado prusiano imprimiría sus características en la nueva nación.

La principal característica de Prusia era la organización militarizada de la sociedad y del Estado. La dirección de éste estaba en manos de la aristocracia *junker*, los propietarios de tierras, los más claros representantes del viejo orden feudal. Sobre ese liderazgo se erguía una monarquía extremadamente burocratizada, que extendía la acción del Estado a todos los dominios de la sociedad civil. Una gran represión social interna, y una agresiva política exterior completan el cuadro de Prusia en 1871, año de constitución del imperio alemán. Estas características del prusianismo se extendieron al conjunto de Alemania a través de una política cultural nacionalista, estimulada por el Estado, que colocaba los propios elementos de la situación de atraso social como peculiaridades del “espíritu” o del “alma” alemana. Tal ideología chauvinista se asentaba en una política exterior agresiva y expansionista. Son innumerables las guerras de conquista emprendidas por Bismarck, el Primer Ministro de Prusia y del Imperio Alemán.

Esa unificación reaccionaria, esa organización militarizada, ese expansionismo latente del Estado alemán, pueden ser explicados por la situación concreta de Alemania en el contexto europeo; como bien definió Poulantzas, ella era “un eslabón débil de la cadena imperialista”. Esto es, este país emergía como una unidad del centro del mundo capitalista, industrializada pero sin colonias. La unificación tardía de Alemania, que no impidió un relativo desarrollo interno, la dejó afuera del reparto de los territorios coloniales. Esto alimentaba un expansionismo latente, que aumentaría con el propio desarrollo interno. De ahí el agresivo proyecto imperial, el propósito constante de anexar nuevos territorios. Y por esta razón, una vez más, el estímulo para pensar el espacio, luego, para hacer Geografía.

Ratzel va a ser un representante típico del intelectual comprometido con el proyecto estatal; su obra propone una legitimación del expansionismo bismarckiano. Así, la Geografía de Ratzel expresa directamente un elogio al imperialismo, como al decir, por ejemplo: “Semejante a la lucha por la vida, cuya finalidad básica es obtener espacio, las luchas de los pueblos son

casi siempre por el mismo objetivo. En la historia moderna la recompensa de la victoria fue siempre un provecho territorial”.

El principal libro de Ratzel, publicado en 1882, se denomina *Antropogeografía – fundamentos de la aplicación de la Geografía a la Historia*; se puede decir que esta obra funda la Geografía Humana. En ella, Ratzel definió el objeto geográfico como el estudio de la influencia que las condiciones naturales ejercen sobre la humanidad. Estas influencias actuarían primero en la fisiología (somatismo) y en la psicología (carácter) de los individuos, y, a través de éstos, en la sociedad. En segundo lugar, la naturaleza influiría en la propia constitución social, por la riqueza que proporciona, a través de los recursos del medio en que está localizada la sociedad. La naturaleza también actuaría en la posibilidad de expansión de un pueblo, obstaculizándola o acelerándola. Y aún en las posibilidades de contacto con otros pueblos, generando así el aislamiento o la mestización. Ratzel realizó una extensa revisión bibliográfica, sobre el tema de las influencias de la naturaleza sobre el hombre, y concluyó criticando las dos posiciones más corrientes: la que niega tal influencia, y la que apunta a establecerla de inmediato. Dice que estas influencias van a ejercerse mediatizadas, a través de las condiciones económicas y sociales. Para él, la sociedad es un organismo que mantiene relaciones duraderas con el suelo, manifestadas, por ejemplo, en las necesidades de vivienda y alimentación. El hombre necesitaría utilizar los recursos de la naturaleza para conquistar su libertad, que en sus palabras “es un don conquistado a duras penas”. El proceso significaría un mayor uso de los recursos del medio, una relación más íntima con la naturaleza. Cuanto mayor sea el vínculo con el suelo, tanto mayor será para la sociedad la necesidad de mantener su posesión. Es por esta razón que la sociedad crea el Estado, en las palabras de Ratzel: “Cuando la sociedad se organiza para defender el territorio, se transforma en Estado”. El análisis de las relaciones entre el Estado y el espacio, fue uno de los puntos privilegiados de la Antropogeografía. Para Ratzel, el territorio representa las condiciones de trabajo y existencia de la sociedad. La pérdida de territorio sería la mayor prueba de decadencia de una sociedad. Por otro lado, el progreso implicaría la necesidad de aumentar el territorio, luego, de conquistar nuevas áreas. Justificando esta posición, Ratzel elabora el concepto de “espacio vital”; este representaría una proporción de equilibrio, entre la población de una sociedad dada y los recursos disponibles para suplir sus necesidades, definiendo así sus posibilidades de progresar y sus urgencias territoriales. Es fácil observar la íntima vinculación entre estas formulaciones de Ratzel, su época y el proyecto imperial alemán. Esta conexión se expresa en la justificación del expansionismo como algo natural e inevitable en una sociedad que progresa, generando una teoría que legitima el imperialismo bismarckiano. También su visión del Estado como un protector por encima de la sociedad, viene a legitimar al Estado prusiano, omnipresente y militarizado.

La Geografía propuesta por Ratzel privilegió al elemento humano, y abrió varias fuentes de estudio, valorizando cuestiones referentes a la Historia y al espacio, como: la formación de los territorios, la difusión de los hombres en el Globo (migraciones, colonizaciones, etc.), la distribución de los pueblos y de las razas en la superficie terrestre, el aislamiento y sus consecuencias, además de estudios monográficos de las áreas habitadas. Todo teniendo en vista el objeto central que sería el estudio de las influencias que las condiciones naturales ejercen sobre la evolución de las sociedades. En términos de método, la obra de Ratzel no realizó grandes avances. Mantuvo la idea de la Geografía como ciencia empírica, cuyos procedimientos de análisis serían la observación y la descripción. Pero, proponía ir más allá de la descripción, buscar la síntesis de las influencias en la escala planetaria, o en sus palabras, “ver el lugar como un objeto en sí, y como el elemento de una cadena”. En lo demás, Ratzel mantuvo la visión naturalista: redujo al hombre a un animal, al no diferenciar sus cualidades específicas; así, proponía el método geográfico como análogo al de las demás ciencias de la naturaleza; y concebía a la causalidad de los fenómenos humanos como idéntica a la de los naturales. De ahí el mecanismo de sus afirmaciones. Ratzel, al proponer una Geografía del Hombre, la entendía como una ciencia natural.

Los discípulos de Ratzel radicalizarán sus posiciones, constituyendo lo que se denomina “escuela determinista” de Geografía. Los autores de esa corriente partirán de la definición ratzeliana del objeto de la reflexión geográfica, y la simplificarán. Orientarán sus estudios por máximas como “las condiciones naturales determinan la Historia”, o “el hombre es un producto del medio” – empobreciendo bastante las formulaciones de Ratzel, que hablaba de influencias. En realidad, todo el trabajo de estos autores se constituía en la búsqueda de evidencias empíricas para teorías formuladas a priori. Sus más eminentes representantes fueron: E. Semple y E. Huntington. La primera, geógrafa americana, alumna de Ratzel, fue la

responsable de la divulgación de las tesis de éste en Estados Unidos. Un ejemplo de las formulaciones de Ellen Semple, puede ser obtenido en su teoría, que relaciona la religión con el relieve: en las regiones planas predominan religiones monoteístas; en las regiones accidentadas, predominan religiones politeístas. Las técnicas del geógrafo inglés Elswarth Huntington eran un poco más elaboradas. Este autor concebía un determinismo invertido, esto es, para él, las condiciones naturales más hostiles serían las que propiciarían mayor desarrollo. El libro más importante de Huntington se denomina *Clima y Sociedad*; en él el autor defiende la idea de que los rigores del invierno explicarían, por las necesidades impuestas (abrigo, depósitos de comida), el desarrollo de las sociedades europeas. Las tesis deterministas, a pesar de su simplismo, fueron bastante divulgadas y aparecen con frecuencia en el ideario del pensamiento conservador. Basta pensar en las interpretaciones de la historia brasileña que se basan en teorías como “indolencia del hombre tropical” o “Subdesarrollo como fruto de la tropicalidad” y la inevitable comparación con el desarrollo de los Estados Unidos, también colonia, pero en clima templado. En conclusión, el determinismo incurre en la más completa naturalización de la Historia humana.

Otro desdoblamiento de la propuesta de Ratzel se manifiesta en la constitución de la Geopolítica. Esta corriente, dedicada al estudio de la dominación de los territorios, partió de las proposiciones ratzelianas referentes a la acción del Estado sobre el espacio. Estos autores desarrollarán teorías y técnicas que operacionalizaban y legitimaban el imperialismo. Esto es, discurrían sobre las formas de defender, mantener y conquistar los territorios. Los autores más conocidos de esta corriente fueron: Kjeilen, Mackinder y Haushofer. El primero, un sueco, fue el creador del rótulo Geopolítica. El segundo, un almirante inglés, llevó la discusión al nivel de los estados mayores, tratando temas como el dominio de las rutas marítimas, las áreas de influencia de un país, y las relaciones internacionales. Halford Mackinder, cuya principal obra se titula *El pivote geográfico de la Historia*, desarrolla una curiosa teoría sobre las “áreas pivotes”, que serían el corazón de un territorio dado; para él, quien lo dominase, dominaría todo el territorio. El general alemán Karl Haushofer, amigo de Hitler y presidente de la Academia Germánica durante su gobierno, fue otro teórico de la Geopolítica. Dio a ésta un carácter directamente bélico, definiéndola como parte de la estrategia militar. Este autor, que desarrolló teorías referentes a la acción del clima sobre los soldados, creó una escuela e influyó directamente los planes de expansión nazis. Aún hoy la Geopolítica persiste, siendo debatida en los Departamentos de Estado y en las academias militares.

Una última perspectiva, que surgió de las formulaciones de Ratzel, fue la llamada escuela “ambientalista”. Ésta, más reciente, no puede ser considerada una filiación directa de la Antropogeografía. Pero sin duda, fue Ratzel el primero en formular sus bases. Esta corriente propone el estudio del hombre en relación a los elementos del medio en que él se inserta. El conjunto de los elementos naturales es abordado como el ambiente vivenciado por el hombre. El ambientalismo representa un determinismo atenuado, sin visión fatalista y absoluta. La naturaleza no es vista como determinación, sino como soporte de la vida humana. Se mantiene la concepción naturalista, pero sin la causalidad mecanicista. El ambientalismo se desarrolló bastante modernamente, apoyado en la Ecología. La idea de estudiar las interrelaciones de los organismos, que cohabitan en determinado medio, ya estaba presente en Ratzel, por la influencia que sufrió de Haeckel, el primer formulador de la Ecología, de quien había sido alumno. Sin embargo, el nombre de Ratzel acabó siendo identificado más por el determinismo que por el ambientalismo.

Por las corrientes expuestas, se puede evaluar el peso de la obra de Ratzel en la evolución del pensamiento geográfico. La propia Geografía francesa, que será vista a continuación, es una respuesta a las formulaciones de este autor. La importancia mayor de su propuesta reside en el hecho de haber trazado, para el debate geográfico, los temas políticos y económicos, colocando al hombre en el centro de los análisis. Aún siendo desde una visión naturalizante y para legitimar intereses contrarios al humanismo.

**Vidal de La Blache
y la Geografía Humana**

La otra gran escuela de la Geografía, que se opone a las posiciones de Ratzel, va a ser eminentemente francesa, y tiene su principal exponente en Paul Vidal de La Blache. Para comprender el proceso de eclosión del pensamiento geográfico en Francia y el tipo de reflexión que éste engendró, es necesario delinear los trazos generales del desarrollo histórico francés en el siglo XIX, y en especial la coyuntura de la Tercera República y el conflicto de intereses con Alemania.

Francia fue el país que realizó, de forma más pura, una revolución burguesa. Allí los resquicios feudales fueron totalmente barridos, la burguesía instaló su gobierno, dando al Estado la forma que más se ajustaba a sus intereses. Francia había conocido una unificación precoz, que ya databa de algunos siglos; la centralización del poder estaba garantizada por la práctica de la monarquía absoluta. Esto había propiciado la formación de una burguesía sólida, con aspiraciones consolidadas, y con una acción nacional. Esta clase formuló y comandó una transformación radical del orden existente, implantando el dominio total de las relaciones capitalistas. Napoleón Bonaparte completó este proceso de desarrollo del capitalismo en Francia, el cual tuvo su punto de ruptura en la Revolución Francesa, que barrió del cuadro agrario de este país todos los elementos heredados del feudalismo. En este movimiento, la burguesía actuó como clase revolucionaria, levantándose contra la estructura social existente y formulando un proyecto hegemónico, que aglutinaba los intereses del conjunto de la sociedad. La revolución francesa fue un movimiento popular, comandado por la burguesía, dirigido por los ideólogos de esa clase. En ese proceso, el pensamiento burgués generó propuestas progresistas, instituyendo una tradición liberal en el país (ésta va a expresarse en algunas posturas defendidas por la Geografía francesa).

El carácter revolucionario de la vía de desarrollo del capitalismo, en Francia, amplió la representación y el espacio de la acción política. Trajo a la arena política a los sectores populares de la sociedad. Con la consolidación del dominio burgués, tal característica de masas de la política va a producir un recrudecimiento de la lucha de clases en este país, la cual alcanzará formas agudas desconocidas hasta entonces. Por esta razón, Francia fue la cuna del socialismo militante, y el lugar donde el carácter clasista de la democracia burguesa se reveló primero. Las jornadas de 1848 y de la Comuna de París, y sus sangrientas represiones, significaron la caída de la máscara de la dominación burguesa, reflejando el fin de la fase heroica de esta clase, que ahora era dominante y luchaba para mantener el poder del aparato de Estado. Los ideales y las propuestas liberales y progresistas, forjadas en la fase revolucionaria, desaparecen frente a los imperativos autoritarios demandados por la manutención del *status quo*. No obstante, son mantenidos en el discurso como vehículos ideológicos. Se forma así una ideología de la defensa de las libertades formales, pero subyugada al orden. Se intentó presentar la inestabilidad política y los golpes de Estado bajo una aureola de legalidad. La ciencia cumplió un papel importante en ese movimiento ideológico. Fue puesta como distante de los intereses sociales, en un manto de neutralidad. Y a través de esa pretendida objetividad legitimó doctrinas autoritarias del orden. Así, Francia fue un país que demostró, del modo más claro, las etapas de avance, dominio y consolidación de la sociedad burguesa. Entretanto, como fue visto, la vía de realización de ese proceso dejó una herencia bastante distinta de la encontrada en Alemania, sobre todo en el aspecto ideológico. Y la Geografía fue una de las manifestaciones de esas diferencias.

En la segunda mitad del siglo XIX, Francia, Alemania, aún Prusia, disputan la hegemonía en el control continental de Europa. Había, entre estos dos países, un conflicto de intereses nacionales, una disputa entre imperialismos. Tal situación culminó con la guerra franco-prusiana, en 1870, en la que Prusia salió vencedora. Francia pierde los territorios de Alsacia y Lorena, vitales para su industrialización, pues en ellos se localizaban sus principales reservas de carbón. En el contexto de la guerra, cayó el Segundo Imperio de Luis Bonaparte, ocurrió el levantamiento de la Comuna de París, y, sobre sus ruinas, se irguió, con el beneplácito prusiano, la Tercera República Francesa. Fue en ese período que la Geografía se desarrolló. Y se desarrolló con el apoyo deliberado del Estado francés. Esta disciplina fue

colocada en todos los programas de enseñanza primaria, en la reforma efectuada por la Tercera República. Fueron creadas en esa época las cátedras y los institutos de Geografía. Todos estos hechos demuestran el interés del Estado en el desarrollo de tales estudios. Este interés proviene de consecuencias de la misma guerra. Una frase de Thiers, primer ministro de Francia, bien lo demuestra: “la guerra fue ganada por los instructores alemanes”. La guerra había hecho surgir la necesidad, para la clase dominante francesa, de pensar el espacio, de hacer una Geografía que deslegitimase la reflexión geográfica alemana y, al mismo tiempo, proporcionase fundamentos para el expansionismo francés.

Como fue visto, la Geografía de Ratzel legitimaba la acción imperialista del Estado bismarckiano. Era menester, para Francia, combatirla. El pensamiento geográfico francés nació con esta tarea. Por eso fue, ante todo, un diálogo con Ratzel. El principal artífice de esta empresa fue Vidal de La Blache. Este autor, que publicó sus obras en las últimas décadas del siglo pasado (XIX) y en las primeras del actual (XX), fundó la escuela francesa de Geografía y desplazó hacia este país el eje de la discusión geográfica, hasta entonces situado en Alemania. Del mismo modo que las posiciones de Ratzel se basaban en la situación concreta de su época y de su sociedad, la Geografía de Vidal de la Blache sólo será comprensible en relación a la coyuntura de la Tercera República, al antagonismo con Alemania, y a la particularidad del desarrollo histórico de Francia. Ambos vehiculizaron, a través del discurso científico, al interés de las clases dominantes de sus respectivos países. Por haber sido diferentes las vías de desarrollo capitalista en Alemania y en Francia (luego, las propias clases dominantes) fueron diferentes las formas y los contenidos de esos discursos. La propuesta de Ratzel exprimía el autoritarismo, que atravesaba a la sociedad alemana; el agente social privilegiado en su análisis era el Estado, tal como en la realidad que vivía este autor. La propuesta de Vidal manifestaba un tono más liberal, consonante con la evolución francesa, y su análisis partió del hombre abstracto del liberalismo. A partir de esta diferencia de tonalidad de las propuestas fueron tejidas las críticas de Vidal a la Antropogeografía de Ratzel. Y que le permitió cumplir la función ideológica que estaba destinada a esta disciplina por las clases dominantes francesas.

Una primera crítica de principio, efectuada por Vidal a las formulaciones de Ratzel se refería a la politización explícita del discurso de éste. Esto es, recaía en el hecho de que las tesis ratzelianas trataran abiertamente cuestiones políticas. Vidal, vistiendo una capa de objetividad, condenó la vinculación entre el pensamiento geográfico y la defensa de intereses políticos inmediatos, blandiendo el clásico argumento liberal de la “necesaria neutralidad del discurso científico”. Con esta postura, atacó directamente el carácter apologético del expansionismo alemán, contenido en las formulaciones de Ratzel. Esto no quiere decir, como se verá en seguida, que la Geografía vidaliana no encerrara una legitimación ideológica de los intereses franceses. Apenas esta vinculación era más disimulada, los temas políticos no eran tratados directamente, la legitimación del imperialismo francés era más mediatizada y sutil. En realidad, Vidal imprimió en el pensamiento geográfico el mito de la ciencia aséptica, proponiendo una despolitización aparente del temario de esa disciplina. Esta posición de encubrir el contenido político de la ciencia, se originó en el retroceso del pensamiento burgués (después de la instalación de una clase en el poder) temeroso del potencial revolucionario del avance de las ciencias del hombre. Vidal reprodujo esta des-socialización del saber, que es en verdad una forma de descomprometerlo con la práctica social y de disimular su contenido ideológico. En fin, este fue un primer *front* con la Geografía alemana. Temas como el del espacio vital fueron duramente criticados a partir de esta óptica, y a través de ellos, el propio expansionismo germánico. Entretanto, la Geografía francesa que abominaba la Geopolítica va a crear una especialización denominada Geografía colonial.

Otra crítica de principio a las formulaciones de Ratzel radicó en su carácter naturalista. Vidal criticó la minimización del elemento humano, que aparecía como pasivo en las teorías de Ratzel. En este sentido, defendió el componente creativo (la libertad) contenido en la acción humana, que no sería apenas una respuesta a las imposiciones del medio. Así, valorizó la Historia, valiéndose de su condición académica de historiador. Aquí, residió sin duda la contribución más importante de Vidal de La Blache para el desarrollo del pensamiento geográfico. Entretanto, a pesar de aumentar la carga humana del estudio geográfico, este autor no rompió totalmente con una visión naturalista, pues dice explícitamente: “La Geografía es una ciencia de los lugares, no de los hombres”. De esta forma, lo que interesaría al análisis sería el resultado de la acción humana en el paisaje, y no ésta en sí misma. De cualquier modo, este fue un segundo punto de crítica al pensamiento de Ratzel.

Una tercera crítica de Vidal a la Antropogeografía, derivada de la anterior, atacó la concepción fatalista y mecanicista de la relación entre los hombres y la naturaleza. Así, tocaba directamente la idea de la determinación de la Historia por las condiciones naturales. Vidal va a proponer una postura relativista, en el trato de esa cuestión, diciendo que todo lo que se refiere al hombre “está mediado por la contingencia”. Esta posición, aceptada por sus seguidores, hizo que la Geografía francesa abandonase cualquier intento de generalizar. En la crítica al determinismo naturalista de Ratzel, la propuesta de Vidal negó la propia determinación.

A partir de estos tres puntos, Vidal de La Blache construyó su propuesta de Geografía, siempre como un diálogo crítico con su congénere alemán. En torno a sus formulaciones, se articuló lo que sería la escuela francesa de Geografía. Antes de adentrarnos en las teorías vidalianas, cabe señalar que el hecho de colocar el surgimiento del pensamiento geográfico en Francia alrededor de la década de 1870 y de centralizarlo en la figura de Vidal de La Blache, no implica afirmar que antes de esa fecha y en la reflexión de otros autores, tal pensamiento no existiese. Apenas observamos que en ese período y con este autor, surgió una Geografía con una nueva visión, que buscaba ir más allá de las enumeraciones exhaustivas y de los relatos de viajes. En términos de otros autores, debe darse un relevo a la figura de Elisée Reclus, menos por sus formulaciones que por su compromiso político, único entre los geógrafos. Reclus fue un militante anarquista, que perteneció a la Primera Internacional y participó de la Comuna de París. Entretanto, sus obras, *Geografía Universal*, publicada en diecinueve volúmenes, y *La Tierra y el Hombre*, en cuatro volúmenes, fueron poco revolucionarias en términos de método y propuesta. Más allá de esto, Reclus vivió gran parte de su vida exiliado teniendo así poca influencia en la evolución de la Geografía francesa. Otros autores contemporáneos a Vidal, como Levasseur, también deberían ser recordados. Pero indudablemente, es a partir de la producción de La Blache que se articuló la Geografía francesa.

Vidal de la Blache definió el objeto de la Geografía como la relación hombre-naturaleza, desde la perspectiva del paisaje. Colocó al hombre como un ser activo, que sufre la influencia del medio, pero que actúa sobre éste, transformándolo. Observó que las necesidades humanas son condicionadas por la naturaleza, y que el hombre busca soluciones para satisfacerlas en los materiales y en las condiciones ofrecidas por el medio. En este proceso, de cambios mutuos con la naturaleza, el hombre transforma la materia natural, crea formas sobre la superficie terrestre: para Vidal, es ahí que comienza la “obra geográfica del hombre”. Así, en la perspectiva vidaliana, la naturaleza pasó a ser vista como posibilidades para la acción humana; de ahí el nombre de Posibilismo dado a esta corriente por Lucien Febvre. La teoría de Vidal concebía al hombre huésped de varios puntos de la superficie terrestre, que en cada lugar se adaptó al medio que lo envolvía, creando, en la relación constante y acumulativa con la naturaleza, un acervo de técnicas, hábitos, usos y costumbres, que le permitieron utilizar los recursos naturales disponibles. A este conjunto de técnicas y de costumbres, construido socialmente, Vidal lo denominó “género de vida”, lo cual revelaría una relación entre la población y los recursos, un situación de equilibrio, construida históricamente por las sociedades. La diversidad de los medios explicaría la diversidad de los géneros de vida.

Vidal argumenta que, una vez establecido, el género de vida tendería a las reproducciones simples, es decir, a reproducirse siempre de la misma forma (por ejemplo, una sociedad con escasos recursos disponibles, crearía normas sociales -tabúes alimentarios, infanticidio, etc.- para mantenerse en equilibrio). Entretanto, algunos factores podrían actuar imponiendo un cambio en el género de vida. Relaciona un primer lugar la posibilidad de agotamiento de los recursos existentes; esto impulsaría a la sociedad a migrar, o a buscar un mejoramiento tecnológico, cuando la posibilidad de migración estuviese restringida por barreras naturales. Para Vidal, cuando una sociedad migraba hacia un medio más rico, poseyendo un género de vida forjado en condiciones más adversas, adquiriría la posibilidad de generar un excedente, por la mayor productividad con el uso de las mismas técnicas en el medio más rico. Otro factor de transformación de los géneros de vida sería el crecimiento poblacional; éste podría impulsar a la sociedad a buscar nuevas técnicas, o llevarla a dividir la comunidad existente y a crear un nuevo núcleo, generando así un proceso de colonización. Finalmente, el contacto con otros géneros de vida fue destacado por Vidal como un factor de mutación. Para él, en realidad, éste sería el elemento fundamental del progreso humano. En su visión, los contactos generarían organizaciones más ricas, por la incorporación de nuevos hábitos y nuevas técnicas. Los puntos de convergencia (las ciudades, por ejemplo) de las comunidades serían verdaderas “oficinas de civilización”. Así, los géneros de vida se difundirían por el Globo, en un proceso de enriquecimiento mutuo, que llevaría inexorablemente al fin de los localismos.

Al área comprendida por un género de vida común, englobando varias comunidades, Vidal de La Blache la denominó “dominio de civilización”. A la Geografía le cabría estudiar los géneros de vida, los motivos de su mantenimiento o transformación, y su difusión, con la formación de los dominios de civilización. Todo esto teniendo en cuenta las obras humanas sobre el espacio, es decir, las formas visibles, creadas por las sociedades en su relación histórica y acumulativa con los diferentes medios naturales.

Ya en esa breve exposición de la concepción del objeto geográfico, para Vidal de La Blache, es posible observar el sutil argumento que, en un mismo discurso, critica al expansionismo germánico, al mismo tiempo que resguarda una legitimación de la acción colonial francesa. Las fronteras europeas definirían dominios de civilización, sólidamente firmados por siglos de historia. Así, cualquier tentativa de no respetarlas significaría una agresión, en la medida en que estos límites serían fruto de un largo proceso de civilización. Nótese que la acción imperial francesa no se concentraba en Europa; era principalmente un expansionismo colonial, que tenía por espacio a Asia y África. Aquí se criticaba la expansión alemana. Por otro lado, estos dos últimos continentes abrigarían sociedades estancadas, inmersas en el localismo, “comunidades vegetando lado a lado”, sin perspectivas de desarrollo. Aquí el contacto sería necesario para romper este equilibrio primitivo. Al definir el proceso como fruto de relaciones entre sociedades con géneros de vida diferentes, en un proceso enriquecedor, Vidal de La Blache abrió la posibilidad de hablar de la “misión civilizadora del europeo en África”. Y así, legitimar la acción colonialista francesa. De esa forma, una legitimación indirecta, donde el tema de la expansión y del dominio territorial (así como los demás asuntos directamente políticos) no son siquiera mencionados.

En términos de método, la propuesta de Vidal de La Blache no rompió con las formulaciones de Ratzel, sino antes una continuación de éstas. Las únicas diferencias residirían en aquellas cuestiones de principio ya discutidas. Vidal era más relativista, negando la idea de causalidad y determinación de Ratzel; así, su enfoque era menos generalizador. Por lo demás, el fundamento positivista aproxima las concepciones de los dos autores, y vinculado a esto, la aceptación de una metodología de investigación propia de las ciencias naturales. Vidal, más que Ratzel, hostilizó al pensamiento abstracto y al raciocinio especulativo, proponiendo el método empírico-inductivo, según el cual sólo se formulan juicios a partir de los datos de la observación directa, considerando a la realidad como el mundo de los sentidos, limitándose la explicación a los elementos y procesos visibles. La Blache propuso el siguiente camino para el análisis geográfico: observación de campo, inducción a partir del paisaje, particularización del área enfocada (en sus trazos históricos y naturales), comparación de las áreas estudiadas y del material levantado, y clasificación de las áreas y los géneros de vida, en “series de tipos genéricos. Así, el estudio geográfico, en la concepción vidaliana, culminaría con una tipología.

Vidal de La Blache acentuó el propósito humano de la Geografía, vinculando todos los estudios geográficos a la Geografía Humana. Entretanto, ésta fue concebida como un estudio del paisaje; de ahí, que el hombre interesa por sus obras y en cuanto contingente numérico, presente en una porción de la superficie terrestre. La Geografía vidaliana habla de población, de agrupamiento, y nunca de sociedad; habla de establecimientos humanos, no de relaciones sociales; habla de las técnicas y los instrumentos de trabajo, pero no de proceso de producción. En fin, discute la relación hombre-naturaleza, no abordando las relaciones entre los hombres. Es por esta razón que la carga naturalista es mantenida, a pesar de la apelación a la Historia, contenida en su propuesta.

Los desdoblamientos de la propuesta de Vidal de La Blache

Vidal fundó la corriente que se tornó mayoritaria en el pensamiento geográfico. Puede decirse que, a partir de sus formulaciones, el núcleo central de esta disciplina estaba constituido. Su influencia en los geógrafos posteriores fue múltiple, sus discípulos directos fueron numerosos. La Blache creó una doctrina, el Posibilismo, y fundó la escuela francesa de Geografía. Y además, trajo a Francia el eje de la discusión geográfica, situación que se mantuvo durante todo el primer cuarto de siglo actual.

Vidal de La Blache formó una pléyade de ilustres discípulos directos, articulando alrededor de él mismo y de la revista por él creada, los *Annales de Géographie*, casi todas las cátedras e institutos de Geografía en Francia. Así, catalizó una amplia red de investigaciones, orientadas por sus formulaciones. Sus seguidores desarrollarán la propuesta vidaliana, en toda su potencialidad. Todos incorporándola en formulaciones propias, pero manteniendo lo fundamental de sus posiciones. En verdad, la Geografía francesa fue un continuo desdoblamiento de éstas. Algunos discípulos trataron de completar la propuesta de La Blache, asumiéndola integralmente; es el caso de Demartonne, que escribió una Geografía Física orientada por las posiciones vidalianas. Otros tomarán sus fundamentos y desarrollarán propuestas propias de definición del objeto. Fue el caso de J. Brunhes, que escribió una voluminosa Geografía Humana, donde propone una “clasificación positiva de los hechos geográficos”, dividiéndolos en tres grandes grupos: “hechos de ocupación improductiva del suelo”, “hechos de la conquista vegetal y animal” y “hechos de la ocupación destructiva”. Otros, finalmente, enfocarán un punto específico de la propuesta vidaliana, desarrollando un estudio específico. Fue el caso de A. Demangeon, que reveló la problemática económica, enfatizando las instalaciones humanas, en relación a las actividades productivas y elaboró el concepto de “medio geográfico”, diferenciándolo de “medio físico”. Hubo aún otros autores, que aceptaron los fundamentos posibilistas, pero formularon sus propuestas en polémica con algunas posiciones de La Blache. Fue el caso de C. Vallaux; este autor entendía que la Geografía Humana debería estudiar el “cuarto estado de la materia”, aquél creado por el trabajo humano, y así discutir “la transformación aparente de las cosas de la superficie realizada por el hombre”; sus principales diferencias con Vidal se darán en el plano metodológico. Se podría hablar de otros discípulos de La Blache, como H. Baulig, R. Blanchard o J. Sion, entre otros; cada uno enfatizó un tema específico, como la Geografía Histórica, o el comercio y las relaciones internacionales. Entretanto, no cabe aquí hacer una exposición exhaustiva.

Vidal de La Blache planeó una obra colectiva, la Geografía Universal, que fue ejecutada por sus discípulos, aproximándolos. Cada uno escribió sobre una determinada porción del planeta. En ese trabajo, explicitaron un concepto vislumbrado por La Blache, que sería tomado como el basamento central de la Geografía francesa posterior – la “región”. Esta era la denominación dada a una unidad de análisis geográfica, que expresaría la forma en que los hombres organizaron el espacio terrestre. Así, la región no sería apenas un instrumento de la investigación, sino también un dato de la propia realidad. Las regiones existirían de hecho, y cabría al geógrafo delimitarlas, describirlas y explicarlas. La región sería una escala de análisis, una unidad especial, dotada de una individualidad, en relación a sus áreas limítrofes. Así, por la observación, sería posible establecer la dimensión territorial de una región, localizarla y trazar sus límites. Estos serían datos por la ocurrencia de trazos diferenciadores, aquéllos que le confieren un carácter individual, singular. De esta forma, la Geografía sería prioritariamente un trabajo de identificación de las regiones del Globo.

La noción de región se originó en la Geografía. Fue traída a la Geografía por L. Gallois, que escribió una importante obra *Regiones naturales y nombres de lugares*. Gallois aún comprendía a la región en su sentido geológico, es decir, como una parcela de la superficie terrestre dotada de una unidad natural, con su individualidad establecida a través de elementos de la naturaleza. Con Vidal, y de forma progresiva a partir de él, el concepto de región fue humanizado; cada vez más, se buscaba su individualidad en los datos humanos, por lo tanto en la historia; a pesar de muchos autores tener asociados los procesos históricos de poblamiento y organización de un región a las condiciones naturales allí existentes. Se podría aún decir que la búsqueda de tal vínculo fue uno de los móviles principales de los estudios

efectuados. Por lo tanto, la región fue siendo comprendida como un producto histórico, que expresaría la relación de los hombres con la naturaleza. Este proceso de historización del concepto de región expresó el propio fortalecimiento de la Geografía Humana, tal como fue propuesta por La Blache.

La idea de región propició lo que vendría a ser la mayoritaria y más usual perspectiva de análisis en el pensamiento geográfico: la Geografía Regional. Ésta, sin duda la más acostumbrada forma de estudio emprendida por los geógrafos, propone la realización de monografías, análisis circunscriptos al área enfocada, que buscan llegar a un conocimiento cada vez más profundo de ella, por la descripción y observación de los fenómenos y elementos presentes, en forma extremadamente exhaustiva. Así, los estudios de Geografía Regional escudriñarán al Globo, generando un considerable acervo de análisis locales. En general, tales estudios obedecían a un modelo de exposición, que propugna los siguientes ítems: Introducción, localizando el área estudiada, con proyecciones cartográficas nacional y continental y un encuadramiento zonal y de coordenadas; 1° capítulo: “las bases físicas” o el “cuadro físico”, enumerando las características de cada uno de los elementos naturales presentes (relieve, clima, vegetación, etc.); 2° capítulo: el “poblamiento” o las “fases de ocupación”, discutiendo la formación histórica (primeras exploraciones, atractivos económicos en el pasado, fundación de las ciudades, etc.); 3° capítulo: “la estructura agraria” o el “cuadro agrario”, describiendo la población rural, la estructura fundiaria, el tipo de producción, las relaciones de trabajo, la tecnología empleada en el cultivo y en la crianza, etc.; 4° capítulo: la “estructura urbana” o el “cuadro urbano”, analizando la red de ciudades, la población urbana, los equipamientos y las funciones urbanas, la jerarquía de las ciudades de aquella región, etc.; 5° capítulo: la “estructura industrial” (cuando ésta existiere en la región analizada), estudiando el personal ocupado, la tecnología empleada, el destino de la producción, el origen de las materias primas empleadas, el número y tamaño de los establecimientos, etc. Y finalmente la Conclusión, en general construida por un conjunto de cartas, cada una referida a un capítulo, las cuales superpuestas darían relaciones entre los elementos de la vida regional. Éste fue entonces el recetario de los estudios de Geografía Regional. Como se ve, eminentemente descriptivo, manteniendo la tónica de todo el pensamiento geográfico. Esta perspectiva se difundió bastante, enfocando regiones de todos los cuadrantes de la Tierra. Aún hoy, estos estudios son regularmente realizados. Por eso, puede decirse que la Geografía Regional fue el principal desdoblamiento de la propuesta vidaliana.

El cúmulo de estudios regionales propició la aparición de especializaciones, que intentaban hacer la síntesis de ciertos elementos por ellas levantados. Así, el levantamiento de regiones predominantemente agrarias dio lugar a una Geografía Agraria, intentando sintetizar la información y las características de la estructura fundiaria, las técnicas de cultivo, las relaciones de trabajo, etc. El estudio de las redes de ciudades, de las jerarquías y funciones urbanas, llevó a la constitución de una Geografía Urbana. Y así sucesivamente, con una Geografía Industrial, de la Población, o del Comercio. De esta forma, las síntesis emprendidas por comparación de las regiones fueron especializadas. Las generalizaciones, obedeciendo a las prescripciones de Vidal, se orientaban para constituir tipologías: de industrias, de ciudades, etc. Esto llevó a una sectorización de los estudios, y a lo sumo a análisis regionales especializados.

De estas especializaciones de los estudios regionales, la que mantuvo la perspectiva más globalizante fue, sin duda, la Geografía Económica. Ésta privilegió, como objeto de su análisis, la vida económica de una región, describiendo los flujos, el trabajo, la producción, etc. Tal perspectiva articulaba población, comercio, industria, agricultura, transportes, en fin, variados elementos del cuadro regional. La Geografía Económica se desarrolló bastante, llegando a constituirse como un dominio autónomo del pensamiento geográfico, diferenciado e igualado en importancia a la Geografía Humana. Ésta, precozmente, buscó una explicación que fuera más allá del nivel descriptivo. Así, hizo uso del raciocinio deductivo y de modelos. Se aproximó a la Economía, realizando investigaciones conjuntas (de este contacto, en los Estados Unidos, se creó una nueva disciplina denominada “Ciencia Regional”). De esta forma, fue más allá de la perspectiva de análisis local, buscando un conocimiento más generalizador. En verdad, la Geografía Económica fue uno de los focos destacados de surgimiento del movimiento de renovación del pensamiento geográfico, estando así en el límite de la Geografía Tradicional. Con todo, su origen remonta, sin duda, a la Geografía Regional de inspiración vidaliana.

Vidal de La Blache dejó influencias también en el pensamiento de los historiadores, notoriamente de aquéllos de lengua francesa, en lo que toca a la concepción de éste con

respecto a la Geografía, y su relación con la Historia. Allí desempeñaron un papel destacado las posiciones de Lucien Febvre. Este autor escribió una obra, que se volvió clásica, *La Tierra y la evolución humana*, en la cual presenta las ideas de La Blache, confrontándolas con las de Ratzel, desarrollándolas y defendiéndolas de las críticas levantadas contra la Geografía Humana por E. Durkheim. Fue Febvre quien creó los términos Determinismo y Posibilismo, asumiendo integralmente el contenido de este último. Así, de la respuesta vidaliana, se desprendió también una Geografía Histórica, que se dedicó a temas como: organización del espacio en la Antigüedad, las vías comerciales de Europa en la Baja Edad Media, el género de vida en una aldea galesa, etc.

Se ve que los desprendimientos de la propuesta vidaliana fueron múltiples. Pero, al nivel de la Geografía francesa, el autor que realmente avanzó en sus formulaciones generando una propuesta más elaborada fue Max Sorre. Este autor, que publicó sus principales obras en la década de 1940, mantuvo los fundamentos de la propuesta vidaliana, pero desarrollándola bastante. Presentó la idea de que la Geografía debe estudiar las formas por las cuales los hombres organizan su medio, entendiendo el espacio como “la morada del hombre”. El concepto central desarrollado por Sorre fue el de hábitat, una porción del planeta habitada por una comunidad que la organiza. El hábitat es así una construcción humana, una humanización del medio, que expresa las múltiples relaciones entre el hombre y el ambiente que los envuelve. El principal trabajo de Sorre, una de las grandes obras teóricas del pensamiento geográfico, lleva por título *Los fundamentos de la Geografía Humana*. El plano de exposición de este libro revela claramente el contenido de la propuesta de Sorre: el 1° volumen –“Los fundamentos biológicos”– estudia el clima (su relación con las funciones orgánicas y los límites que impone al hombre), la relación entre el medio y la alimentación y el medio y las enfermedades y concluye con la idea de asociación entre el hombre y su ambiente; el 2° volumen –“Las técnicas de la vida social”– discute los agrupamientos humanos, las áreas de densidad elevada, las formas de energía utilizadas por las diferentes sociedades, y la cuestión del dominio del espacio; el 3° volumen –“Las técnicas de producción y transformación de materias primas”–, estudia las formas de ganadería, agricultura, minería e industria, discutiéndolas en relación a las condiciones naturales y a las necesidades humanas; el 4° volumen –“El hábitat”–, relaciona la organización del hábitat con el género de vida, analiza los tipos de hábitat (rural y urbano), desde sus formas más simples (el agrupamiento nómada), hasta las más complejas (como la metrópoli industrial). Obsérvese la envergadura de la discusión emprendida.

La Geografía de Sorre puede ser entendida como un estudio de la Ecología del hombre. Esto es, de la relación de los agrupamientos con el medio en que están insertos, proceso en el cual el hombre transforma ese medio. Así, las condiciones del medio geográfico, fruto de la acción de los hombres, no serían las mismas de aquel medio original. El análisis geográfico debería abarcar este proceso de humanización del medio, las condiciones reinantes y las relaciones que los habitantes mantienen con ellas. De esta forma, es posible considerar el estudio de Sorre como una Ecología Humana. La propuesta metodológica de este autor partía de la cartografía: la idea de una sobreposición de datos de la observación, en un mismo espacio, analizando históricamente la formación de cada elemento, desde los naturales (suelo, vegetación, etc.) hasta los sociales (hábitos alimentarios, religión, etc.). Así se llegaría a componer, por superposición de las informaciones, un cuadro de la situación actual, y ahí se estudiaría su funcionamiento, interrelacionando los elementos presentes. De esta forma, un estudio primero histórico y parcelado, después ecológico e integrado. Así, la idea de espacio geográfico de Sorre, es la de espacios superpuestos (el físico, el económico, el social, el cultural, etc.) en interrelación.

La propuesta de Sorre fue, sin duda, el reciclaje de la Geografía Humana concebida por Vidal de La Blache. Representó una revisión y un enriquecimiento de sus teorías, manteniéndolas en esencia. Representó la segunda gran formulación de la Geografía francesa, en el sentido de un conocimiento geográfico global y unitario.

Las propuestas posteriores, que cerraron el ciclo de la Geografía Tradicional en Francia, fueron las de M. Le Lannou y A. Cholley, publicadas ya en la década del cincuenta. Le Lannou concibió la Geografía como eminentemente regional definiendo su objeto como “el hombre habitante”. Así, entendió la cuestión de las formas de ocupación y exploración del suelo como lo fundamental, y el estudio de los sistemas de trabajo y de las instalaciones humanas como importante. Este autor privilegió la organización social, criticando el naturalismo (habla del “peligro” inherente a la noción de medio); luego, reforzó el carácter humano del estudio geográfico. Pero en última instancia, va a concebirlo como “un estudio de los

agrupamientos y establecimientos humanos en el planeta". Para Cholley, la Geografía tendría por objeto las "combinaciones" existentes en la superficie del planeta. Los "hechos geográficos" serían, por esencia, relaciones entre elementos, y cabría al análisis entender el "equilibrio" que los mismos expresan. Cholley entendió a la Geografía como una "ciencia de complejos", intentando, en su propuesta, restaurar la unidad entre la Geografía Física y la Humana.

Este fue el itinerario de la Geografía Tradicional, en Francia, enfocándolas propuestas que concibieron un conocimiento unitario, y los autores prominentes. La secuencia Vidal de La Blache-Sorre-Le Lannou-Cholley mostró una continuidad de fundamentos y concepciones. En verdad, fue el desarrollo de la misma propuesta, que se podría considerar la mayoritaria en el pensamiento geográfico tradicional, y que tuvo, en la Geografía Regional, su principal objetivación. En general, se trató del establecimiento de hecho de una Geografía Humana, explícitamente dedicada al estudio de fenómenos humanos (la humanización del medio, la organización humana del espacio, etc.) que tuvo, sin embargo, su óptica orientada hacia el producto de la acción humana, no hacia los procesos sociales que la engendraron. Así, una Geografía Humana, no una ciencia social.

Más allá del determinismo y del posibilismo: la propuesta de Hartshorne

La otra gran corriente del pensamiento geográfico, que se podría denominar con cierta impropiedad Geografía Racionalista, se vincula con los nombres de A. Hettner y R. Hartshorne. El hecho de denominarse racionalista esta corriente, deviene de su menor carga empirista en relación a las anteriores. Esta perspectiva, la tercer gran orientación dentro de la Geografía Tradicional, privilegió un poco más el raciocinio deductivo, anticipando uno de los movimientos de la renovación geográfica de los años sesenta. Esto proviene de la distinta fundamentación filosófica de estos autores. La Geografía de Ratzel y la de Vidal tuvieron su raíz filosófica en el positivismo de Augusto Comte, la cual fue transmitida acríticamente a sus seguidores. La Geografía de Hettner y Hartshorne se fundamentaba en el neokantismo de Rickert y Windelband. El hecho de haber sido menos empirista no quiso decir que esta propuesta haya roto con ese rasgo distintivo de toda la Geografía, apenas ella no se negó también al uso de la deducción.

Alfred Hettner fue un geógrafo alemán, profesor de la Universidad de Heidelberg y editor de una de las principales revistas geográficas de su país, la *Geographische Zeitschrift*. Publicó sus obras entre 1890 y 1910, habiendo sido así influenciado por el reflujo de las críticas francesas a la posición de Ratzel. Por esta razón sus formulaciones fueron en busca de un tercer camino para el análisis geográfico, que no fuese el del determinismo o el del posibilismo, Hettner va a proponer a la Geografía como la ciencia que estudie “la diferenciación de áreas”, esto es, la que viene a explicar “por qué” y “dónde” difieren las porciones de la superficie terrestre, diferencia ésta que, para él es aprendida a nivel del propio sentido común. Para Hettner el carácter singular de las diferentes parcelas del espacio provendría de la particular forma de interrelación de los fenómenos allí existentes. La Geografía sería entonces el estudio de esas formas de interrelación de los elementos, en el espacio terrestre.

Las ideas de Hettner encontraron escasa penetración en su época. Tal vez en función del dominio incuestionable del Posibilismo, que atravesaba su fase áurea. Tal vez en función del propio aislamiento cultural de Alemania, resultante del belicismo de su política exterior. De todos modos, las tesis hettnerianas, fueron poco divulgadas. Fue solamente a través de ser retomadas por Richard Hartshorne, un afamado geógrafo norteamericano, que la propuesta de Hettner pasó a ser ampliamente discutida. Tal difusión se acentuó en el aumento de peso de Estados Unidos, en la dominación cultural de Occidente, después de la Primera Guerra Mundial. Hasta entonces, Estados Unidos había sido, en el pensamiento geográfico (pero no sólo en esta disciplina), meros repetidores de las tesis europeas. Esto a pesar del inmenso interés que el paisaje y la organización del espacio norteamericano habían despertado entre los geógrafos europeos, que dedicaron muchos análisis a este país. El único autor de peso, surgido en Estados Unidos, era un especialista en Geomorfología – William Davis. En términos de una Geografía General, los norteamericanos acompañaban el pensamiento europeo: E. Semple había introducido las tesis de Ratzel y del Determinismo, I. Brown, las de Brunhes y con ellas, el Posibilismo. Hartshorne introducirá el pensamiento de Hettner, pero al contrario de los anteriores, desarrollándolo.

Fue solamente a partir de los años treinta que la Geografía norteamericana se desarrolló, llegando ese país, en los años más recientes, a ser uno de los centros mundiales de la producción geográfica. Después de 1930, se desarrollarán ahí dos grandes escuelas de Geografía. Una, en California, que se aproximó bastante a la Antropología, elaborando la Geografía Cultural. Su más destacado exponente fue Carl Sauer, que propuso el estudio de los “paisajes culturales”, esto es, el análisis que las formas que la cultura de un pueblo crea, la organización de su medio. La otra, llamada escuela del Medio Oeste que se aproximó a la Sociología funcionalista y a la Economía, proponiendo estudios como el de la organización interna de las ciudades, el de la formación de redes de transporte, etc. Esta escuela, todavía es bastante activa, fue pionera en el uso de los modelos y de la cuantificación (sus teorías serán discutidas en el capítulo siguiente). Entretanto, fue sin duda la producción de Hartshorne que encontró mayor repercusión, dado su carácter amplio (en busca de una Geografía General) y explícitamente metodológico.

Hartshorne publicó en 1939 un libro *La Naturaleza de la Geografía*, que fue mundialmente discutido. De los debates que surgieron a partir de esta obra, de las críticas y

sugerencias, obtuvo material para escribir otro libro, *Cuestiones sobre la naturaleza de la Geografía*, publicado en 1959, que presentó el contenido final de su propuesta. Esta va a ser la última tentativa de agilizar la Geografía Tradicional, manteniendo su esencia de la búsqueda de un conocimiento unitario, y dándole una versión más moderna.

La primera diferencia de la propuesta de Hartshorne reside en defender la idea de que las ciencias se definen por métodos propios, no por objetos singulares. Así la Geografía tendría su individualidad y autoridad derivadas de su propia forma de analizar la realidad. El método específicamente geográfico vendría del hecho de que esta disciplina trabaja lo real en su complejidad, abordando fenómenos variados, estudiados por otras ciencias. Para Hartshorne, el estudio geográfico no aislaría sus elementos, al contrario, trabajaría con sus interrelaciones. La forma antisistemática sería en sí misma la singularidad del análisis geográfico. De esta forma, Hartshorne dejó de buscar un objeto de la Geografía, entendiéndolo como un “punto de vista”. Sería un estudio de las interrelaciones entre fenómenos heterogéneos, presentados en una visión sintética. Entretanto, las interrelaciones no interesarían en sí, sino en la medida en que “revelen el carácter variable de las diferentes áreas de la superficie de la Tierra”. Por lo tanto, para Hartshorne, la Geografía sería un estudio de “variación de áreas”.

Los conceptos básicos formulados por Hartshorne fueron los de “áreas” y de “integración”, ambos referidos al método. El área sería una porción de la superficie terrestre, diferenciada por el observador, que la delimita por sus características, esto es, la distingue de las demás. Esta delimitación es un procedimiento que escoge el observador que selecciona los fenómenos enfocados; según los datos seleccionados, la delimitación será diferente (pues la extensión de ésta varía desigualmente). Así, en verdad, el área es construida idealmente por el investigador, a partir de la observación de los datos escogidos. De esta forma, el área sería un instrumento de análisis (semejante al tipo ideal de Max Weber), al contrario de la región o del territorio, que eran vistos como realidades objetivas exteriores al observador. El área sería construida en el proceso de la investigación. Para Hartshorne, un área poseería múltiples procesos integrados, siendo una fuente inagotable de interrelaciones. El conjunto de todas las interrelaciones posibles daría la realidad total del área, por eso su aprehensión sería imposible; luego, buscar la exactitud sería anticientífico. De ahí la necesidad de selección de los elementos a ser analizados, que deberían ser los más significativos.

Hartshorne argumentó que los fenómenos varían de lugar a lugar, que sus interrelaciones también varían, y que los elementos poseen relaciones internas y externas al área. El carácter de cada área estaría dado por la integración de fenómenos interrelacionados. Así, el análisis deberá buscar la integración del mayor número posible de fenómenos interrelacionados. Ejemplificando: el investigador selecciona dos o más fenómenos (clima, producción agrícola, tecnología disponible), los observa en el área escogida, los relaciona; selecciona otros (topografía, estructura agraria, relaciones de trabajo), los observa, los relaciona; repite varias veces este procedimiento, intentando abarcar el mayor número posible de fenómenos (tipo de suelo, destino de la producción, número de ciudades, tamaño del mercado consumidor, hidrografía, etc.); una vez que posee varios grupos de fenómenos agrupados e interrelacionados, los integra interrelacionando los conjuntos; repite todo este procedimiento, con nuevos fenómenos, o nuevos agrupamientos de los mismos fenómenos, en conjuntos diferentes; al final, se integran entre sí, los conjuntos ya integrados separadamente. Este proceso puede ser repetido innumerables veces, hasta que el investigador lo juzgue para comprender o caracterizar el área enfocada. A esta forma de estudio, Hartshorne la denominó Geografía Idiográfica. Sería un análisis singular (de un solo lugar) y unitario (intentando aprehender varios elementos), que llevaría a un conocimiento bastante profundo de determinada localidad.

Sin embargo, Hartshorne también propuso una segunda forma de estudio, llamada por él Geografía Nomotética. Ésta debería ser generalizadora, a pesar de ser parcial. En el estudio de carácter nomotético, el investigador se interesaría en primera instancia por la integración y posteriormente la reproduciría (tomando los mismos fenómenos y haciendo las mismas interrelaciones en otros lugares. Las comparaciones de las integraciones obtenidas permitirían llegar a un “patrón de variación” de los fenómenos tratados. Así, las integraciones parciales (de pocos elementos interrelacionados) serían comparables, por tratarse de dos mismos puntos, abriendo la posibilidad de un conocimiento genérico. De esta forma Hartshorne articuló la Geografía General y regional, diferenciándolas por el nivel de profundidad de sus formulaciones. Cuanto mayor la simplicidad de los fenómenos y relaciones tratados, mayor posibilidad de generalización. Cuanto más profundo el análisis efectuado, mayor conocimiento de la singularidad local.

Esta era la propuesta de Hartshorne, que fue ampliamente discutida pues abría nuevas perspectivas para el estudio geográfico. La Geografía Nomotética posibilitó el análisis de ciertos tópicos, esto es, centrados en un conjunto articulado de temas; por ejemplo, una Geografía del Petróleo, discutiendo la integración de fenómenos asociados a este producto, a una escala mundial; o una Geografía de una determinada cultura, o una geografía del Café, o del Cacao, o más aún, una Geografía de la Pesca, o del Transporte Marítimo, etc. La Geografía Nomotética posibilitó la agilización del estudio regional, que fue al encuentro de los intereses del planeamiento pues abrió la perspectiva de trabajar con un número bastante elevado de elementos, relacionándolos de acuerdo con esos intereses. Esta segunda perspectiva instrumentalizó los “diagnósticos” y permitió el uso de la cuantificación y de la computación en Geografía. Obsérvese la operacionalidad que la introducción de la computadora propicia, en la óptica de las interrelaciones e integraciones. Por lo tanto, tales perspectivas ya forman parte del movimiento de renovación de la Geografía, que tendrán en la propuesta de Hartshorne, una de sus vías de objetivación.

Las propuestas de Hartshorne, por un lado, y de Cholley y Le Lannou por otro, representan las últimas tentativas de la Geografía Tradicional. Finalizarán un ciclo cuya unidad está dada por una serie de máximas consideradas verdaderas, a saber: la idea de ciencia de síntesis, de ciencia empírica y de ciencia de contacto. Hartshorne, el que más se alejó de estas formulaciones, sin romper con el pensamiento tradicional, ya representaba un papel de transición. Cabe ahora analizar el saldo de esta Geografía, en la medida en que su crítica más detallada será abordada en el próximo capítulo.

En primer lugar, la Geografía Tradicional dejó una ciencia elaborada, un cuerpo de conocimientos sistematizados, con relativa unidad interna e indiscutible continuidad en las discusiones. Dejó fundamentos, que aún siendo criticables, delimitaron el campo general de las investigaciones, articulando una disciplina autónoma. Durante este proceso elaboró un temario válido, independiente de las teorías que desarrolló; este temario quedó como una gran herencia del pensamiento geográfico tradicional. Así, su gran aporte, fue la identificación de problemas, o el levantamiento de cuestionamientos válidos, a los cuales dio respuestas insatisfactorias o equivocadas.

En segundo lugar, la geografía Tradicional elaboró un rico acervo empírico, fruto de un trabajo exhaustivo de relevamiento de realidades locales. Aunque por vías metodológicas también criticables, el valor de las informaciones acumuladas no puede ser minimizado. Constituyen un material sustancial para investigaciones posteriores, pues presentan datos minuciosos sobre situaciones singulares. En este sentido, la tónica descriptiva fue beneficiosa, pues suministró informaciones fidedignas. El propio desarrollo de las técnicas de descripción y representación fue también un saldo favorable de la Geografía tradicional.

Y, finalmente, el pensamiento tradicional de la Geografía elaboró algunos conceptos (como *territorio*, *ambiente*, *región*, *hábitat*, *área*, etc.) que merecen ser re-discutidos. Su crítica permitirá un avance, en el tratamiento de las cuestiones a las que se refieren. En términos sucintos, éste es el cuadro de lo que fue la Geografía.

El movimiento de renovación de la Geografía

La Geografía actualmente experimenta un considerable movimiento de renovación, que deviene del rompimiento de gran parte de los geógrafos con relación a la perspectiva tradicional. Hay una crisis de hecho de la Geografía Tradicional y esto lleva a la búsqueda de nuevos caminos, de nuevo lenguaje, de nuevas propuestas, en fin, de una libertad mayor de reflexión y creación. Las certezas de derrumban y se desgastan. Y, nuevamente, se pregunta sobre el objeto, el método y el significado de la Geografía.

La crisis de la Geografía Tradicional, y el movimiento de renovación a ella asociado, comienza a manifestarse ya a mediados de la década del cincuenta y se desarrolla aceleradamente en los años posteriores. La década del sesenta encuentra las incertidumbres y los cuestionamientos difundidos por varios puntos. A partir de 1970, la Geografía Tradicional está definitivamente enterrada; sus manifestaciones, de esa fecha en adelante, van a ser sobrevivencias, resquicios de un pasado ya superado. Se instala, sólidamente, un tiempo de críticas y de propuestas en el ámbito de esa disciplina. Los geógrafos van abrirse a nuevas discusiones y buscar caminos metodológicos hasta entonces no trillados. Esto implica una dispersión de perspectivas, en la pérdida de la unidad contenida en la Geografía Tradicional. Esta crisis es benéfica, pues introduce un pensamiento crítico, frente al pasado de esa disciplina y sus horizontes futuros. Introduce la posibilidad de nuevo, de una Geografía más generosa.

Es necesario, antes de nada, intentar explicar las razones de la crisis. En primer lugar, de había alterado la base social, que engendrara los fundamentos y las formulaciones de la Geografía Tradicional. La realidad había cambiado, dejando productos desfasados, aquellos que no acompañaron el ritmo de la transformación. El desarrollo del modo de producción capitalista había superado su estadio competitivo, entrando en la era monopolista. No se trataba más de un capitalismo asentado en múltiples empresas, con burgueses medios concurrendo al mercado. Se vivía la época de los grandes trusts, del monopolio y del gran capital. Una revolución tecnológica se interpone entre ambos momentos. El liberalismo económico estaba ya enterrado; la gran crisis de 1929 había planteado la necesidad de intervención estatal en la economía. Habían caído por tierra las tesis de la libre iniciativa, del orden natural y de la autoregulación del mercado. Se propugnaba ahora la acción del Estado en la ordenación y regulación de la vida económica. El planeamiento económico estaba establecido como un arma de intervención del Estado. Y con él, el planeamiento territorial, como una propuesta de acción deliberada en la organización del espacio. La realidad del planeamiento establecía una nueva función para las ciencias humanas: la necesidad de generar un instrumental de intervención, en síntesis, una función más tecnológica. La Geografía Tradicional no apuntaba en esta dirección, de allí su desfasaje y su crisis.

En segundo lugar, el desarrollo del capitalismo había tornado la realidad más compleja. La urbanización alcanzaba grados hasta entonces desconocidos, presentando fenómenos nuevos y complejos, como las megalópolis. El cuadro agrario también se modificaba, con la industrialización y mecanización de la actividad agrícola, en varias partes del mundo. Las comunidades locales tendían a desaparecer, articulándose las intrincadas redes de relaciones, propias de la economía mundializada de la actualidad. El lugar ya no se explicaba en sí mismo; los centros de decisión de las actividades allí desarrolladas se localizaban, muchas veces, a miles de kilómetros. El espacio terrestre se globalizaría en flujos y relaciones económicas. Se vivía el capitalismo de las empresas multinacionales, de los transportes y de las comunicaciones interoceánicas. La realidad local era apenas el eslabón de una cadena, que articulaba todo el planeta. Esto desfasó el instrumental de investigación geográfica, implicando una crisis de las técnicas tradicionales de análisis. Estas no daban más cuenta de una descripción y representación de los fenómenos de la superficie terrestre. Creadas para explicar situaciones simples, cuadros locales datados, no conseguían aprehender la complejidad de la organización actual del espacio. El instrumental elaborado para explicar comunidades locales no conseguía aprehender el espacio de la economía mundializada. Se establece una crisis de lenguaje, de metodología de investigación. El movimiento de renovación va a buscar nuevas técnicas para el análisis geográfico. De un instrumental elaborado en la época del relevamiento

de campo, se va a intentar pasar a los sensores remotos, a las imágenes satelitales, a la computadora.

En tercer lugar, y en función de los datos hasta aquí expuestos, el propio fundamento filosófico, sobre el cual se asentaba el pensamiento geográfico tradicional, se había derruido. Esta disciplina permanecía, tal vez, como el último baluarte del positivismo clásico. Éste había sufrido críticas internas y renovaciones, de las cuales la Geografía pasó de largo. El desarrollo de las ciencias y del pensamiento filosófico superó notablemente los postulados positivistas que ahora aparecían como simplistas y pueriles. Así pues, a nivel del pensamiento ocurría una renovación a la cual la Geografía permanecería alejada. La propia complejización de la realidad y de los instrumentos de investigación habían envejecido las formulaciones del positivismo clásico. La crisis de éste fue también una de las razones de la crisis de la Geografía, que en ella se fundamentaba.

Además de estas razones, la crisis del pensamiento geográfico tradicional se desarrolló a partir de problemas internos de esta disciplina. Existían cuestiones de formulación, lagunas lógicas y dudas que suministrarían el camino inmediato a la crítica. La renovación hace de la misma su descanso, disimulando muchas veces el tenor de la crisis, señalándola como una discusión interna de la Geografía, puramente técnica, o como una forma de gerenciar el nivel de la crítica, escondiendo las razones anteriores y los compromisos sociales del discurso geográfico. En síntesis, estas cuestiones pendientes fueron un móvil directo del proceso de renovación.

Entre los puntos más tratados de la geografía Tradicional, existen algunos que fueron señalados en la crítica a este tipo de conocimiento. La indefinición del objeto de análisis sería uno de estos primeros puntos. Esta indefinición, como fue visto, acompaña toda la producción de esta disciplina, abriendo flancos, en la crítica de la autoridad de la Geografía, por otros campos del conocimiento científico. Otro punto fue la cuestión de la generalización. Como fue observado, el análisis geográfico no consiguió llegar a explicaciones genéricas. Las únicas generalizaciones emprendidas se hicieron a costa del simplismo y del mecanicismo determinista, o con la pérdida de la unidad del estudio geográfico, como en Hartshorne. Puesto que una Geografía unitaria, que buscaba aprehender un conjunto de fenómenos en síntesis, siempre permaneció en los estudios de singularidades. La falta de leyes, o de otra forma de generalización, fue una de las mayores razones de la crisis de la Geografía Tradicional. Estos dos puntos se articulan en las dualidades que permearán a toda la producción geográfica: Geografía Física y Geografía Humana, Geografía General y Geografía Regional, Geografía sintética y Geografía Temática. Siempre la resolución de uno de los problemas acarrea la no solución de otro dualismo. Vidal de La Blache, por ejemplo, formula una propuesta que resuelve el primer y el tercer dualismo, pero a costa del segundo; su Geografía es unitaria y sintética, mientras tanto abre una mala generalización en la perspectiva regional. Hartshorne resuelve esta última cuestión con una idea de estudio nomotético e idiográfico, solamente a través de una Geografía Temática. Y así ocurre en todas las propuestas. Todas estas cuestiones suministrarán las razones formales para la crítica del pensamiento geográfico tradicional, y así conducirán al inicio del movimiento de renovación.

Si la insatisfacción con las propuestas tradicionales es un rasgo común entre los geógrafos, los niveles de cuestionamiento varían bastante. Algunos autores focalizarán las críticas en cuestiones formales; otros avanzan, buscando las razones más profundas en la base social y en la función ideológica de ese conocimiento. De acuerdo con esta variación, tenemos críticas distintas, que ya dependen de los propósitos y del direccionamiento que se imprime al movimiento de renovación. El fundamento positivista clásico es negado por todos, sin embargo lo que debe sustituirlo es materia de las más polémicas. El alejamiento de la Geografía Tradicional con relación a la Filosofía y las demás ciencias es unánimemente criticado, sin embargo las teorías científicas que cada uno va a buscar para aproximarse a la nueva Geografía, serán las más variadas y antagónicas. Así, conforme a las propuestas y perspectivas que cada autor vislumbra o defiende, cada uno poseerá un nivel de cuestionamiento, enfocará su crítica del conocimiento tradicional en un determinado ángulo, destacando aquellos puntos que mejor se adecuen a introducir su propuesta.

El movimiento de renovación, contrariamente a la Geografía Tradicional, no posee una unidad; asimismo representa una dispersión, en relación con aquélla. Tal hecho proviene de la diversidad de métodos de interpretación y de posiciones de los autores que la componen. La búsqueda de lo nuevo fue emprendida por varios caminos; esto generó propuestas antagónicas y perspectivas excluyentes. El mosaico de la Geografía Renovada es bastante diversificado abarcando un abanico muy amplio de concepciones. Entretanto, es posible agruparlas, en

función de sus propósitos y de sus posicionamientos políticos, en dos grandes conjuntos: uno puede ser denominado Geografía Pragmática, otro Geografía Crítica.

La división del movimiento de renovación de la Geografía en dos vertientes, la crítica y la Pragmática, está sustentado en la polaridad ideológica de las propuestas efectuadas. El criterio adoptado es el de la concepción del mundo de los autores, considerada como expresión de las posiciones sociales y/o posturas políticas. Así, es por el compromiso social, contenido en las variadas perspectivas de análisis renovadas, que se torna posible agruparlas; en otras palabras por el proyecto histórico que vinculan, por la perspectiva de clase que profesan, en fin por la ideología que alimentan y a los intereses concretos a los que sirven. Dentro de ese fundamento ético, común a cada una, se encuentran propuestas singulares y procedimientos distintos. En las dos vertientes, aparecen posturas filosóficas, luego fundamentos metodológicos, diversificados. La unidad ético-política no implica directamente perspectivas unitarias, con respecto a métodos. Entretanto, esto no invalida la característica común de cada conjunto, que es transparente, por ejemplo, en los horizontes de crítica a la Geografía tradicional.

La Geografía Pragmática

La Geografía Pragmática efectúa apenas una crítica a la insuficiencia del análisis tradicional. No va a sus fundamentos y a su base social. Ataca, principalmente, el carácter no práctico de la Geografía Tradicional. Argumentan sus seguidores que esta disciplinativa siempre una óptica retrospectiva, esto es, hablaba del pasado, era un conocimiento de situaciones ya superadas. Así, no informaba sobre la acción, no preveía; luego, era inoperante como instrumento de intervención en la realidad. En este sentido, los autores pragmáticos van a proponer una óptica prospectiva, un conocimiento volcado hacia el futuro, que instrumentalice una Geografía aplicada. De esta manera, su intención general es de una “renovación metodológica”, o de búsqueda de nuevas técnicas y un nuevo lenguaje, que de cuenta de las nuevas tareas planteadas por el planeamiento. La finalidad explícita es crear una tecnología geográfica, un móvil utilitario. De ahí su denominación de pragmática. Este objetivo es expresado claramente por varios autores; M. Philipponeau, por ejemplo, escribe un libro titulado *Geografía y acción: introducción a la Geografía Aplicada*, que demuestra bien estos propósitos.

La crítica de los autores pragmáticos a la Geografía Tradicional quedó a nivel formal. Es un cuestionamiento de la superficie de la crisis, no de sus fundamentos. Es una crítica “académica”, que no toma en cuenta los compromisos sociales del pensamiento tradicional. No podría ser de otra forma, en la medida que estos compromisos son mantenidos. Como fue visto, el planeamiento es una nueva función, adjudicada a las ciencias sociales por las clases dominantes; es un instrumento de dominación a servicio del Estado burgués. La Geografía Pragmática es una tentativa de actualizar, en vista de esa nueva función, este campo específico del conocimiento, sin romper su contenido de clase. Sus propuestas permiten apenas una redefinición de las formas de conducir los intereses del capital, de ahí su crítica superficial a la Geografía Tradicional. Un cambio de forma, sin alteración del contenido social. Una actualización técnica y lingüística. Se pasa de un conocimiento que releva informaciones y legitima la expansión de las relaciones capitalistas, para un saber que orienta esta expansión, fortaleciendo las opciones y orientando las estrategias de localización del capital en el espacio terrestre. Así, dos tareas diferentes, en dos momentos históricos distintos, sirviendo a un mismo fin. En este sentido, el pensamiento geográfico pragmático y el tradicional poseen una continuidad, dada por su contenido de clase – instrumentos prácticos e ideológicos de la burguesía.

En esta actualización del discurso burgués en relación al espacio, que podría llamarse de renovación conservadora de la Geografía, tiene lugar en el momento en que se da el pasaje, a nivel de la disciplina, del positivismo clásico al neopositivismo. Se troca el empirismo de la observación directa (del “atarse a los datos” o de los “relevamientos de los aspectos visibles”) por un empirismo más abstracto, de los datos filtrados por la estadística (de las “medias, varianzas y tendencias”). Del trato directo con el trabajo de campo, al estudio filtrado por la parafernalia de la cibernética. En este proceso, se sofistican el lenguaje y las técnicas empleadas. De la sumisión total a los procedimientos inductivos (y toda la Geografía Tradicional realiza el elogio a la inducción) se pasa también a aceptar también el raciocinio deductivo. Del conteo y la enumeración directa de los elementos del paisaje a las medias, los índices y los patrones. De la descripción, apoyada en la observación de campo, a las correlaciones matemáticas expresadas en índices. En este proceso, hay un empobrecimiento del grado en la calidad de concreto del pensamiento geográfico. A pesar de la sofisticación técnica y lingüística, éste permanece formal (apresado a las apariencias de lo real), y ahora más pobre, porque es más abstracto.

La Geografía Pragmática se va a substantivar a través de algunas propuestas diferenciadas. Un primer camino de su objetivación es la Geografía Cuantitativa, defendida, por ejemplo, en la obra de G. Dematteis, *Revolución cuantitativa y Nueva Geografía*. Para los autores afiliados a esta corriente, el temario geográfico podría ser explicado totalmente por medio del uso de métodos matemáticos. Todas las cuestiones ahí tratadas – las relaciones e interrelaciones de fenómenos de elementos, las variaciones locales del paisaje, la acción de la naturaleza sobre los hombres, etc. – serían plausibles de ser expresadas en término numéricos (por la medición de sus manifestaciones) y comprendidas en forma de cálculos. Para ellos, los avances de la estadística y de la computación colaboran en la búsqueda de una explicación

geográfica. Por ejemplo, al estudiarse una determinada región, el análisis debería comenzar contando los elementos presentes (número de establecimientos agrícolas, total de población, extensión, número y tamaño de pueblos y ciudades. Este procedimiento suministraría tablas numéricas de cada caso, las cuales serían trabajadas estadísticamente por la computadora (medias, varianzas, desvío estandar, medianas, etc.) y relacionadas (correlación simple y múltiple, regresión lineal, covarianza, análisis de agrupamiento, etc.); al final, surgirían resultados numéricos, cuya interpretación dará la explicación de la región estudiada. Se podrían formular juicios del siguiente tipo: la estructura fundiaria es explicable por la topografía, en relación al tipo de producto, en razón de 70%; el tamaño de las ciudades se relaciona con el sistema vial en 0,6 en una escala de 0 a 1; variando la productividad agrícola, variará el volumen de avenidas asfaltadas, en la proporción de 7,0 en una escala de 1 a 10; y así en adelante. La relación de varias de estas constataciones permitiría llegar a la explicación general del área estudiada.

Otra vía de objetivación de la Geografía Pragmática proviene de la teoría de los sistemas; de aquí que sea llamada Geografía Sistémica o Modelística. Ésta, se expresa por ejemplo, en las posturas de Brian Berri, propone el uso de modelos de representación y explicación, en el trato de los temas geográficos. En verdad, se articula con la propuesta anterior, pero la sobrepasa al concebir un nivel más genérico de análisis. Los modelos serían representaciones de las estructuras fundamentales de la organización del espacio, así como aquellas articulaciones consideradas constantes en todos los casos singulares. Estos modelos actúan, en la investigación, como hipótesis lógicas dadas apriorísticamente, siendo constituidos como datos constantes, o “factores”, y elementos agregados, o “variables”. En la pesquisa, el investigador debe ligar los ítems del modelo asumido con los datos de la realidad enfocada, así como introducir variables propias del lugar estudiado. La articulación entre estos datos constantes y variables suministrará, por una elaboración en la computadora, los resultados en términos de patrones y tendencias. Los modelos se originan básicamente en la Economía, apareciendo, por ejemplo, en la explicación de la organización de la agricultura, de la formación de las redes de ciudades, o de la localización industrial. En el primer caso, se puede nombrar el modelo de von Thünen, quien es autor de una teoría de la localización agrícola en función de la distancia al mercado: construyó un modelo de círculos concéntricos tomando por centro una ciudad; en el primer círculo y alrededor de ésta se localizan los productos frutihortícolas y de granja (los más perecederos), en segundo lugar, la agricultura de granos de abastecimiento; en tercer lugar, la crianza, etc. En el segundo caso, se puede pensar en la teoría de la centralidad, de Christaller: este autor deseaba explicar la jerarquía de las ciudades, con relación al poder de atracción ejercido por una metrópolis, en virtud del equipamiento en ella: existente. En el tercer caso, se puede pensar un modelo, como el de Estal y Buchanan, donde la localización de una industria es explicable por un equilibrio entre el mercado consumidor, el mercado de mano de obra y las reservas de materias primas. Estos modelos expresarían un gran nivel de generalidad, siendo válidos para cualquier punto de la superficie terrestre. El modelo se apoya en la idea de que los fenómenos, en la realidad, se manifestarán como sistemas: relaciones de partes articuladas por flujos. El modelo intentaría expresar la estructura del sistema, en Geografía el “geosistema”, o el “ecosistema”, los “sistemas de ciudades”, o la organización regional como “subsistema” del “sistema nacional”. Así, los modelos serían tantos como los sistemas existentes en lo real, plausibles de un análisis geográfico. El análisis modelístico permite seleccionar los elementos de estudio, relacionándolos de acuerdo con los intereses del investigador, y profundizar la investigación, con la inclusión de nuevas variables, tornando al sistema más complejo.

La Geografía Cuantitativa, el uso de los modelos y de las teorías de los sistemas se articulan en una propuesta que, en Brasil, se desarrolla bajo la denominación de Geografía Teorética, mala traducción del término inglés “theoretical” (teórica), que denominaba esta perspectiva genérica y explicativa del pensamiento geográfico. Tal perspectiva se constituye en la espina dorsal de la renovación pragmática, apareciendo en innumerables propuestas específicas. Se puede relacionar con la “teoría de los juegos”, viendo la acción de los hombres como fruto de opciones, en un rol de posibilidades dado por la naturaleza; o, aún, la teoría de la “difusión de innovaciones”, que busca explicar como la modernización penetra en un medio social dado. Estas teorías, y aquí fueron vistos apenas dos ejemplos, se elaboran con el uso del instrumental cualitativo, sistémico y modelístico. Son operacionalizaciones específicas de la geografía Pragmática. De lo hasta aquí presentado, se puede tener una idea general de esta perspectiva. El número de propuestas, por ella desarrolladas, es bastante levado, sea por la vía

de la Geografía Cuantitativa, sea por la Sistémica, sea aún por la combinación de estas dos en teorías singulares.

Cabría todavía mencionar, dentro de la exposición de las vías de objetivación de la Geografía Pragmática, aquella que se aproxima desde la Psicología, formulando lo que se denomina Geografía de la Percepción o del Comportamiento. Esta trataría de entender como los hombres perciben el espacio por ellos vivenciado, como se manifiesta su conciencia en relación al medio que los rodea, como perciben y como reaccionan frente a las condiciones y a los elementos de la naturaleza ambiente, y como este proceso se refleja en la acción sobre el espacio. Los seguidores de esta corriente intentan explicar la valorización subjetiva del territorio, la conciencia del espacio vivenciado, el comportamiento en relación al medio. Estos estudios hacen uso del instrumental desarrollado por la psicología, en particular las teorías behavioristas. Las investigaciones efectuadas abordan temas como los siguientes: el comportamiento del hombre urbano, en relación a los espacios de placer; la influencia de las formas, en la productividad del trabajo; la relación de las sociedades con la naturaleza, expresada en la organización de los parques; la actitud frente a nuevas técnicas de siembra, en una determinada comunidad rural; la concepción y las formas de representación del espacio, en una sociedad indígena africana, entre otros. Ésta es una perspectiva bastante reciente, que todavía no acumuló una producción significativa.

Finalmente, éstas son las principales vías por las cuales se intenta objetivar la Geografía Pragmática. Todas interesan a un fin utilitario, en la medida en que informan la acción del planeamiento. Generan un tipo de conocimiento directamente operativo, que permite la intervención deliberada sobre la organización del espacio. La Cuantitativa permite la elaboración de “diagnósticos” sobre un determinado espacio, presentando una descripción numérica exhaustiva sobre sus características, y aún las tendencias de evolución de los fenómenos allí existentes. Este diagnóstico o *survey* permite un conocimiento del área enfocada y la elección de estrategias de intervención, acelerando u obstaculizando las tendencias presentes. El modelo ya informa, del modo más directo, el hecho de la elección, dirige la opción, orienta la estrategia adoptada. La relación entre las premisas y las variables del modelo es, en sí misma, la producción de la respuesta buscada, la solución del problema sobre el cual se desea actuar. La elección del modelo manifiesta posiciones anteriores del investigador, y también habla respecto al problema tratado. La adaptación de éste a la realidad estudiada se lleva a cabo mediante por la inserción de nuevas variables, propias del área enfocada. La idea de sistema está presente, pues la acción del planeamiento se efectiviza fundamentalmente por la creación o reordenamiento de “flujos”, por la organización de “partes”, con una visión de equilibrio del todo, finalmente, por la búsqueda de la funcionalidad del sistema. Teorías, la de la difusión de información, orientan estrategias de intervención específicas, por ejemplo, la anticipación de los efectos y de la viabilidad de una medida concreta a ser adoptada en una planificación. Finalmente, la geografía de la Percepción informa como implementar el planeamiento formulado, principalmente en lo que se refiere a la reacción de lo humano frente a los cambios que se pretende llevar a cabo.

La Geografía Pragmática desarrolla una tecnología de intervención en la realidad. Ésta es un arma de dominación, para los que detentan el Estado. En sí misma, es apenas un acervo de técnicas, que se transforma en ideología, al tratar de disimular su composición y su eficacia política, al proponerse como proceso neutro y puramente “objetivo”. Así, al explicar que su acción se apoya en criterios técnicos, enmascara el contenido de clase de las soluciones propuestas y de los intereses defendidos en la acción planificadora. La posición política del planificador se manifiesta en la elección de los modelos, pues éstos ya indican el camino a ser seguido. El “tecnicismo” es una versión moderna de la ideología de la neutralidad científica, ya discutida al tratarse la propuesta vialiana. En última instancia, el planeamiento siempre sirve para el mantenimiento de la realidad existente, actuando en el sentido de neutralizar los conflictos y facilitar la acción del Estado. En las sociedades capitalistas, auxilia el dominio de la burguesía, orientando la localización de capital en el espacio, proponiendo reformas, atenuando contradicciones ambientales y generando informaciones para la expansión de las relaciones capitalistas de producción.

La Geografía Pragmática es un instrumento de la dominación burguesa. Un aparato del Estado capitalista. Sus fundamentos, en cuanto un saber de clase, están indisolublemente ligados al desarrollo del capitalismo monopolista. Así, son intereses claros los que ella defiende: la maximización de las ganancias, la ampliación de la acumulación del capital, en fin, el mantenimiento de la explotación del trabajo. En este sentido, enmascara las contradicciones sociales, legitima la acción del capital sobre el espacio terrestre. Es un arma práctica de

intervención, además de un arma ideológica en el sentido de intentar hacer pasar como “medidas técnicas” (luego, ciertas y científicamente recomendadas) la acción del Estado en la defensa. Fuera de la órbita estatal, el planeamiento es directamente un elemento de la gerencia de las empresas capitalistas. Así, el contenido de clase de la Geografía Pragmática es incuestionable. Es, inclusive, este compromiso que da unidad a una de sus varias propuestas: una unidad política. El hecho de mantener la base social del pensamiento geográfico tradicional hace de ella la vía conservadora del movimiento de renovación de esta disciplina. El utilitarismo será el móvil común de sus formulaciones.

La crítica de la Geografía Pragmática alimenta el debate ideológico actual, al nivel de esta disciplina. Ésta es emprendida por aquélla vertiente del movimiento de renovación, que se denomina Geografía Crítica. La polémica, entre las dos vertientes, refleja el antagonismo político existente en la sociedad burguesa; manifiesta la contradicción de clase, en la discusión de un campo específico del conocimiento. Es así un debate político, al nivel de la ciencia; una lucha ideológica, expresión de la lucha de clases, en el plano del pensamiento. Cabe analizar el tenor de las críticas dirigidas a la perspectiva pragmática.

Un cuestionamiento dirigido al conjunto de las propuestas, que constituyen la Geografía Pragmática, toma en cuenta el empobrecimiento que ella introduce en la reflexión geográfica. La Geografía Tradicional, en función de la práctica de la observación directa (del trabajo de campo), concebía el espacio en su riqueza (en su complejidad). La Geografía Pragmática, al romper con estos procedimientos, simplifica arbitrariamente el universo del análisis geográfico, lo torna más abstracto, más distante del realmente existente. Sus autores empobrecen a la Geografía, al concebir las múltiples relaciones entre los elementos del paisaje, como relaciones matemáticas, meramente cuantitativas. Empobrecen a la Geografía, al concebir a la superficie de la Tierra (para el pensamiento tradicional “la morada del hombre” o el “teatro de la Historia”), como un espacio abstracto de flujos, o una superficie isotrópica, sobre la cual se inclina el planificador, y así lo deshistorizan y lo deshumanizan. Empobrecen a la Geografía al concebir a la región (en el pensamiento tradicional el “fruto de un proceso histórico”) como la región-plan, el área de intervención, cuya dinámica está dada por la acción del planificador. Hay, también, un empobrecimiento proveniente de un anti-historicismo, común a todas las propuestas de la Geografía Tradicional. Y, vinculado a éste, un triunfo del formalismo, de las teorías genérica y vacías, mucho más distantes de la realidad que aquellas teorías tradicionales. De esta forma, la concepción del espacio de la Geografía Tradicional era más rica, poseía mayor grado de concreción, mayor correspondencia con la realidad. Es éste el sentido del empobrecimiento aludido, que va acompañado de una sofisticación técnica y lingüística. Se presenta un discurso, en esencia más pobre, con un lenguaje más rico y más elaborado. Por lo tanto, la sofisticación instrumental vehiculiza un contenido más simplista. Éste es el tenor de las críticas, a nivel teórico, a las propuestas pragmáticas. Podrían realizarse otras, como la del fraccionamiento del objeto, en que esta propuesta incurre. La progresiva especialización de los estudios, posibilitada por la finalidad utilitaria y por las exigencias del trabajo aplicado, lleva a la pérdida total de cualquier perspectiva, en cuanto a la unidad del universo del análisis geográfico. Mientras tanto, esta cuestión es englobada por la anterior, siendo más una manifestación del empobrecimiento contenido en la Geografía Pragmática.

En suma, ésta es una de las vertientes del movimiento de renovación del pensamiento geográfico. Aquélla que se inserta en la producción de esta disciplina en el proyecto de mantenimiento de la realidad existente, siendo así la corriente conservadora. El saldo de la Geografía Pragmática es un desarrollo técnico, minimizado frente al empobrecimiento real del análisis por ella emprendida. Las varias corrientes de la Geografía Pragmática representan una de las opciones para quien hace Geografía en la actualidad. Su aceptación dependerá del posicionamiento social del geógrafo, siendo así un hecho político, una opción de clase.

La Geografía Crítica

La otra vertiente, del movimiento de renovación del pensamiento geográfico, agrupa aquel conjunto de propuestas que se puede denominar Geografía Crítica. Esta denominación hace referencia a una postura crítica radical, frente a la geografía existente (sea la Tradicional o la Pragmática), la cual será llevada al nivel de ruptura con el pensamiento anterior. Por lo tanto, la designación de crítica dice al respecto, principalmente, de una postura frente a la realidad, frente al orden constituido. Son los autores que se posicionan por una transformación de la realidad social, pensando su saber como un arma de ese proceso. Son, así, los que asumen el contenido político del conocimiento científico, proponiendo una geografía militante, que luche por una sociedad más justa. Son los que piensan el análisis geográfico como un instrumento de liberación del hombre.

Los autores de la Geografía Crítica van a hacer una valoración profunda de las razones de la crisis; son los que consideran fundamental evidenciarla. Van más allá de un cuestionamiento puramente académico del pensamiento tradicional, buscando sus raíces sociales. A nivel académico, critican al empirismo exacerbado de la Geografía Tradicional, que mantiene sus análisis presos del mundo de las apariencias, y todas las otras consonancias de la fundamentación positivista (la búsqueda de un objeto autónomo, la idea absoluta de ley, la no diferenciación de las distintas cualidades de los fenómenos humanos, etc.). Mientras tanto, también van a criticar a la estructura académica, que posibilitó la repetición de los equívocos: el “mandarinato”, el apego a las viejas teorías, el cercenamiento de la creatividad de los investigadores, el aislamiento de los geógrafos, la mala formación filosófica, etc. Y, más todavía, la despolitización ideológica del discurso geográfico, que alejaba del ámbito de esa disciplina la discusión de las cuestiones sociales. Así, a nivel de la crítica de contenido interno de la Geografía, no dejan piedra sobre piedra.

La vanguardia de este proceso crítico renovador va todavía más lejos, apuntando al contenido de clase de la Geografía Tradicional. Sus autores muestran las vinculaciones entre las teorías geográficas y el imperialismo, la idea de progreso vehiculizando siempre una apología a la expansión. Muestran el trabajo de los geógrafos, como articulado a las razones del Estado. Desmitifican la pseudo- “objetividad” de ese proceso, especificando como el discurso geográfico escamoteó las contradicciones sociales. Descubren así su carácter ideológico, que veía a la organización del espacio como armónica; veía a la relación hombre-naturaleza, en una óptica que ocultaba las relaciones entre los hombres; veía a la población de un cierto territorio, como un todo homogéneo, sin tener en cuenta su división en clases. En fin, los geógrafos críticos apuntarán a la relación entre la Geografía y la superestructura de la dominación de clase, en la sociedad capitalista. Retirarán las máscaras sociales ahí existentes, poniendo a la luz los compromisos sociales del discurso geográfico, su carácter clasista. Las razones de la crisis fueron buscadas fuera de la Geografía.

El autor que formuló la crítica más radical a la Geografía Tradicional fue, sin duda, Yves Lacoste, en su libro *La Geografía sirve, antes que nada, para hacer la guerra*. Lacoste argumenta que el saber geográfico se manifiesta en dos planos: la “Geografía de los Estados Mayores” y la “Geografía de los Profesores”. Para él, la primera siempre existió ligada a la propia práctica del poder. Todo conquistador (Alejandro, César o Napoleón) siempre tuvo un proyecto con relación al espacio, también los Estados y, más recientemente, la dirección de las grandes empresas monopolistas. Esa geografía sería hecha, en la práctica, al establecerse estrategias de acción en el dominio de la superficie terrestre, aconteciendo, mientras tanto, que difícilmente esta teorización es explicitada. Por lo tanto, siempre existe vinculada a la gestión del poder. La “Geografía de los Profesores” sería la que aquí fue denominada como tradicional. Ésta, para Lacoste, tiene una doble función. En primer lugar, enmascarar la existencia de la “Geografía de los Estados Mayores”, presentando el conocimiento geográfico como un saber inútil; así, enmascarar el valor estratégico del saber pensar el espacio, tornándolo sin interés, para la mayoría de las personas. En segundo lugar, la “Geografía de los Profesores” sirve para relevar, de un modo camuflado, datos para la “Geografía de los Estados Mayores”, y, así, suministrar informaciones precisas, sobre los variados lugares de la Tierra, sin generar sospecha, pues se trataría de un conocimiento apolítico, y, todavía más, inútil. Lacoste muestra

esta relación entre los dos planos, discutiendo el uso, por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, de las “ingenuas” tesis francesas, en los bombardeos a Vietnam.

Se ve que la crítica de Lacoste es bastante incisiva, colocando a la Geografía como instrumento de dominación de la burguesía, dotado de un alto potencial práctico e ideológico, poniendo al descubierto su carácter de clase. De esta forma, el cuestionamiento de las tesis tradicionales, efectuado por la Geografía Crítica, es mucho más profundo. Incide en los compromisos sociales y en los posicionamientos políticos en juego, y apunta hacia propuestas de renovación, que implican una ruptura con la Geografía Tradicional, y, más que eso, en la construcción de un conocimiento que le sea antagónico, de un discurso que la combata, de teorías que se contrapongan a las tradicionales. De ahí que Lacoste defina su trabajo como “guerrilla epistemológica”. Esta es la vía revolucionaria de la renovación del pensamiento geográfico, que agrupa aquellos autores imbuidos de una perspectiva transformadora, que niegan el orden establecido, que ven su trabajo como instrumento de denuncia y como arma de combate, que proponen a la Geografía como un elemento más en la superación del orden capitalista. La crítica radical al pensamiento tradicional es, de esta manera, una exigencia de todas las propuestas de renovación efectuadas.

Continuamos con el libro de Lacoste como ejemplificación. Este autor admite que los que detentan el poder (sea el Estado o la gran empresa) siempre poseen una visión integral del espacio, producida por la intervención articulada en varios lugares. Por otro lado, el ciudadano común tiene una visión fraccionada del espacio, pues sólo concibe los lugares abarcados por su vivencia cotidiana, y sólo esporádicamente posee informaciones (y así mismo trucas) de la realidad de otros lugares. El individuo conoce su ruta, su vecindad su barrio, el lugar de su trabajo, los lugares de esparcimiento, una localidad visitada en vacaciones, tal vez su ciudad; mientras tanto, esa misma conciencia se da en forma parcial. Dos personas pueden vivir en la misma ciudad, concibiéndola de forma diferente, en función de sus intereses y su área de acción (un habitante de la zona sur de San Pablo puede desconocer totalmente lo que pasa en la periferia de la zona este. Por otro lado, el Estado tiene una visión integrada y articulada del espacio, pues actúa sobre todos los lugares, y esto se transforma en un arma más de dominación. Así, argumenta Lacoste, es necesario construir una visión integrada del espacio, en una perspectiva popular, y socializar este saber, pues él posee fundamental valor estratégico en los debates políticos. Dice explícitamente: “es necesario saber pensar el espacio, para saber organizarse en él, para saber combatir en él”.

El propósito expreso que Lacoste define, de forma clara, los objetivos y la postura de la geografía Crítica. Ésta asume integralmente un contenido político explícito, que aparece en forma cabal en su afirmación, “la Geografía es un práctica social en relación a la superficie terrestre”, o en la de D. Harvey, “la cuestión del espacio no puede ser una respuesta filosófica para problemas filosóficos, sino una respuesta tomada en la práctica social”; aparece, aún, en la afirmación de M. Santos, “el espacio es la morada del hombre, pero puede ser también su prisión”. Véase que la renovación geográfica pasa a ser pensada, en términos de teoría y práctica, como una praxis revolucionaria, en aquel sentido de que no basta explicar el mundo, de debe transformarlo. Véase la distancia alcanzada por esta posición, en relación a la renovación emprendida por la Geografía Pragmática.

La Geografía Crítica tiene sus raíces en el ala más progresista de la geografía Regional francesa. La figura de Jean Dresch aparece en el seno de este movimiento, como un ejemplo único de afirmación de un discurso político crítico; sus teorías fueron una anticipación (Dresch escribe sus obras en las décadas de los treinta y cuarenta). Esta ala de la Geografía Regional se va interesando progresivamente en el papel de los procesos económicos y sociales, en el direccionamiento de la organización del espacio. Así, abre una discusión más política en el análisis geográfico. Tal apertura se basó en la creciente importancia del elemento humano en la Geografía francesa, que aparece: en la diferenciación entre medio y medio geográfico, en la sujeción de la Geografía Física a la Humana, y en la idea de la región como producto histórico (y su valorización como objeto primordial). Así, la Geografía Regional francesa se aproximó a la Historia y a la Economía. Es en el fondo de este proceso que germinan las primeras manifestaciones de un pensamiento geográfico crítico, al introducirse en el análisis regional nuevos elementos.

La primera manifestación clara de esa renovación crítica puede ser detectada en la propuesta de la *Geografía Activa*, nombre de un libro (escrito por P. George, Y. Lacoste, B. Kayser y R. Guglielmo), que marcó a toda una generación de geógrafos. La Geografía Activa se opuso a la Geografía Aplicada. Su propuesta era la de ejecutar un tipo de análisis, que colocase al descubierto las contradicciones del modo de producción capitalista, en los distintos

cuadros regionales. De esta manera ensayaba una Geografía de denuncia de las realidades espaciales injustas y contradictorias. Se trataba de explicar las regiones, mostrando no sólo apenas sus formas y su funcionalidad, sino también las contradicciones sociales ahí contenidas: la miseria, la desnutrición, las “favelas”, en fin las condiciones de vida de una parte de la población, que no aparecía en los análisis tradicionales de inspiración ecológica. Esta propuesta vehiculizaba un ideal humanista y conseguía un peso político, en función de su capacidad de constatación y divulgación de la manifestación espacial de problemas sociales. De ahí la idea, desarrollada por estos autores, del espacio como base de la vida social, y su organización como reflejo de la actividad económica.

Mientras tanto, esta Geografía de denuncia no rompía, en términos metodológicos, con el análisis regional tradicional. Se mantenía en la tónica descriptiva y empirista, apenas superaba la situación de englobar en su estudio temas no abordados por ella. Introducía nuevos temas, manteniendo los procedimientos generales del análisis regional. Realizaba una descripción de la vida regional, que no encubría las contradicciones existentes en el espacio analizado. Siendo la realidad injusta, su mera descripción ya adquiría un componente de oposición a la orden instituida. Tal perspectiva aparece con claridad, por ejemplo, en obras como la *Geografía del Hambre* de Josué de Castro, o la *Geografía del Subdesarrollo* de Y. Lacoste. Estos libros no superan la propuesta regional, sin embargo, presentaban realidades tan contradictorias, que sus simples descripciones adquirían una fuerza considerable de denuncia, haciendo de la Geografía un instrumento de acción política. Estos estudios tuvieron un papel significativo, pues habrían nuevos horizontes para los geógrafos, al plantear una perspectiva de inserción social, de actuación crítica.

El autor que más se destacó dentro de ese movimiento fue, sin duda alguna, Pierre George. Su gran mérito fue introducir pioneramente algunos conceptos marxistas en la discusión geográfica. Este autor va a intentar una conciliación de la metodología del análisis regional con el instrumental conceptual del Materialismo Histórico. Así, discute las relaciones de producción, las relaciones de trabajo, la acción del gran capital, las fuerzas productivas, etc., en sus análisis regionales. P. George elabora una extensa obra, constituida de ensayos, como *Sociología y Geografía*; manuales, como *Geografía Económica*; y estudios concretos, monográficos, como *Geografía de la Unión Soviética* o *Europa Central*, sintéticos, como *La acción del hombre* o *Panorama del mundo actual*. Las producciones de este autor todavía están a la espera de una interpretación más minuciosa.

La Geografía de denuncia no realizó por entero la crítica de la Geografía Tradicional, a pesar de politizar el discurso geográfico. Por esta razón, ésta se mostró problemática, sin que eso atentase a su importancia y eficacia política. Se creaba, por un lado, una perspectiva de militancia para los geógrafos conscientes, por otro no resolvía felizmente las cuestiones internas de esta disciplina, pues colocaba la explicación de las realidades estudiadas fuera del ámbito de la Geografía, quedando ésta como un relevamiento de lugares, un estudio de la proyección del modo de producción en el espacio terrestre. Así, se limitaba a un estudio de las apariencias, sin posibilidad de indagar al respecto de la esencia de los problemas. El mantenimiento de la óptica empirista velaba el análisis de los procesos esenciales y la explicación era siempre externa a la Geografía. Se podría decir que estos autores tenían una ética de izquierda, sin embargo instrumentalizada por una epistemología positivista. De ahí, su posterior superación.

La Geografía Crítica también se desarrolló bastante a partir de los estudios temáticos, especialmente aquéllos dedicados al conocimiento de las ciudades (que no deben ser confundidos con la Geografía Urbana tradicional). Aquí, fue particularmente importante la contribución realizada por autores no geógrafos. El contacto con teorías extra geográficas fue bastante benéfico; basta pensar en la influencia de un sociólogo, como Manuel Castells, o de un filósofo, como Henri. Lefebvre. El primero a través de su libro ya clásico *La cuestión urbana*, el segundo a través de obras como *La producción del espacio* y *Espacio y Política*. La influencia de urbanistas, como J. Lojkin o M. Folín, también es sensible. En el rol de las influencias extra geográficas, el nombre de M. Foucault debe ser mencionado, por sus producciones sobre la relación entre el espacio y el poder, contenidas en *Microfísica del Poder*. En verdad, la Geografía Crítica se abre para un abanico bastante grande de influencias “externas”. Finalmente, romper el aislamiento del geógrafo es también una de sus metas.

Entre estos trabajos temáticos, que enfocan lo urbano, se debe destacar la figura de David Harvey. Este autor estuvo en la vanguardia del neopositivismo de la reflexión geográfica; después rompió radicalmente con la perspectiva pragmática, escribiendo una obra que traduce una profunda autocrítica: *Social Justice and the City* [traducida al español con el título de

Urbanismo y desigualdades sociales]. En este libro, hace la crítica de las teorías liberales sobre la ciudad, y asume una postura socialista. Realiza entonces una lectura de las producciones marxistas, intentando traspasar la teoría de la renta fundiaria, en el análisis de la valorización del espacio urbano. Analiza el uso del suelo, un tema clásico de la geografía, a la luz de las categorías del valor de uso y valor de cambio. En esa reflexión, adelanta bastante las formulaciones al respecto de una dialéctica del espacio, y llega a algunas concepciones interesantes, como, por ejemplo, la de “ver las formas espaciales en cuanto procesos sociales, en el sentido de que los procesos sociales son espaciales”.

Trabajando con una concepción más amplia, esto es, en una escala más abarcativa que lo que es el fenómeno urbano, varios autores vienen realizando una discusión crítica respecto del territorio. Así, enfocan la expansión espacial de las relaciones capitalistas de producción, las formas espaciales y los flujos generados, la organización del espacio implementada por este modo de producción, en fin, la lógica del capital en la apropiación y ordenación de los lugares. Dentro de esta perspectiva, se pueden destacar las formulaciones de A. Lipietz, que escribió una obra titulada *El capital y su espacio*; de F. Indovina y de D. Calabi, que escribieron un sugestivo artículo *Sobre el uso capitalista del territorio*; y del mismo F. Indovina, autor del interesante trabajo *Capital y Territorio*. En todos estos trabajos, se intenta entender la esencia de la organización del espacio terrestre en el modo de producción capitalista. Con tal finalidad, se retoma la discusión de cuestiones como la relación entre la sociedad y el suelo, el Estado y el territorio y los recursos y la actividad económica. Estas cuestiones son integradas en un contexto de discusión, informado por la Economía Política y orientado por el legado teórico de Marx. Los resultados de tales fuentes son bastante sugestivos y estimulantes.

Los caminos buscados por las diversas propuestas de la Geografía Crítica son numerosos, diferentes, y todos igualmente importantes. Cabría todavía mencionar obras significativas, que ejemplifican este esfuerzo, algunas abordando puntos específicamente metodológicos, como *Geografía y Dialéctica* de R. Guglielmo; otras explicitando la crítica a la Geografía Tradicional, como *Geografía e Ideología* de J. Anderson, o a la Geografía Pragmática, como *Geografía y Tecnoburocracia* de Melhem Adas. Se ha de destacar el papel de las revistas *Herodote* y *Antípode*, en el desarrollo de esta bibliografía crítica. Algunos eventos, – como el congreso organizado por el Instituto Gramsci sobre el tema “Hombre, naturaleza y sociedad: ecología y relaciones sociales” – también se articulan con este esfuerzo renovador. En fin, hay mucho que se está haciendo y más todavía por hacer.

En términos de una concepción más global de geografía, cabe una exposición más minuciosa de la propuesta de Milton Santos, presentada en su libro *Por una Geografía nueva*. Esta obra expresa una tentativa sintética de otros trabajos de este autor, representando una propuesta general para el estudio geográfico – y por lo tanto un libro de claro contenido normativo. En ese trabajo, después de avalar críticamente a la Geografía Tradicional, la crisis del pensamiento geográfico y las principales propuestas de renovación, efectivizadas por la Geografía Pragmática. M. Santos pasa a exponer su concepción del objeto geográfico. Intenta dar una respuesta para la cuestión primordial de ese volumen: qué es la Geografía. O, mejor, cómo debe ser el análisis del geógrafo. Cabe más detalladamente esta propuesta, que es una de las más amplias y sustantivas emprendidas por la Geografía Crítica.

Milton Santos argumenta que es necesario discutir el espacio social, y ver la producción del espacio como el objeto. Este espacio social o humano es histórico, obra del trabajo, morada del hombre. Es así una realidad y una categoría de comprensión de la realidad. Toda su propuesta será entonces una tentativa de aprehenderlo, de cómo estudiarlo. Dice que se debe ver el espacio como un campo de fuerza, cuya energía es la dinámica social. Que él es un hecho social, un producto de la acción humana, una naturaleza socializada, que puede ser explicable por la producción. Afirma, mientras tanto, que el espacio es también un factor, pues es una acumulación de trabajo, una incorporación de capital en la superficie terrestre, que crea formas durables, las que denomina “rugosidades”. Éstas crean imposiciones sobre la acción presente de la sociedad; son una “inercia dinámica” – tiempo incorporado en el paisaje – y duran más que el proceso que las creó. Son así, una herencia espacial, que influye en el presente. Por esta razón, el espacio es también una instancia en el sentido de ser una estructura fija es, como tal, una determinación que actúa en el movimiento de la totalidad social. Las formas espaciales son resultados de procesos pasados, pero son también condiciones para procesos futuros. Las viejas formas son continuamente revivificadas por la producción presente, que las articula en su lógica. Cabría, antes que nada, entender como se da este movimiento.

Milton Santos argumenta que toda actividad productiva de los hombres implica una acción en la superficie terrestre, una creación de nuevas formas, de modo tal que “producir es producir espacio”. Afirma que la organización del espacio está determinada por la tecnología, la cultura y la organización social de la sociedad. En la sociedad capitalista, la organización espacial está impuesta por el ritmo de acumulación. En verdad, ésta representa una dotación diferencial de instrumentos de trabajo, en la superficie del planeta, una fijación de capital en el espacio, obedeciendo a una distribución “desigual y combinada”. Dice que, de esta forma, los lugares manifiestan una combinación de capital, trabajo, tecnología y trabajo muerto, expresado en la “rugosidades”.

El autor dice además que la unidad de análisis del geógrafo debe ser el Estado nacional, pues solamente llevando en cuenta esta escala, se pueden comprender los distintos lugares contenidos en su territorio. El Estado es el agente de transformación, de difusión y de dotación. Es el intermediario entre las fuerzas internas y externas. Por lo tanto, no es pasivo; al contrario, orienta los estímulos y es el gran creador de las “rugosidades”. El Estado manifiesta el modo de producción, en las diversas porciones de la Tierra y es por éste determinado; luego, pasa a su lógica al establecer y dirigir el orden espacial.

Teniendo establecidos estos argumentos, M. Santos avanza en su propuesta. Propone que las diferencias de los lugares son naturales e históricas, y que la variación de la organización del espacio es fruto de “una acumulación desigual de tiempo”. Esa organización es una combinación de variables, residuos vivificados por el tiempo presente, unificados en un movimiento general por el Estado. Así, una articulación de elementos naturales y procesos históricos, del pasado y presente, “variables asincrónicas funcionando sincrónicamente”. De esta forma, hay un continuo proceso de modernización en curso, que no alcanza todos los lugares al mismo tiempo, que es estimulado por el Estado, y que obedece a la lógica del capital y no a los intereses del hombre (manifestándose entonces como una “modernización maldita”). Tal proceso define los usos del suelo, la apropiación de la naturaleza, las relaciones entre los lugares, en fin, la organización del espacio. Su característica general es la desigualdad, pues la historia del capital es selectiva, elige áreas, establece una división territorial del trabajo, impone una jerarquización de los lugares, por la dotación diferenciada de los equipamientos. Es tal el proceso que debe ser objeto de preocupación de los geógrafos, que al analizarlo, en cada manifestación concreta, teniendo en vista una Geografía más generosa y viendo al espacio como un lugar de lucha.

Ésta es, en términos bien resumidos, la propuesta de Milton Santos, una de las más amplias y acabadas de la Geografía Crítica. Ha de resaltarse que este autor la substantivó, en algunos puntos más específicos, como en el análisis de la organización interna de las ciudades, y su papel en la organización regional. Tales estudios se encuentran expuestos en varios artículos y libros, como *El espacio dividido*, *Las ciudades del Tercer Mundo*, *Pobreza urbana* y *Geografía y sociedad*. Las formulaciones de Milton Santos representan una de las propuestas de la Geografía Crítica, ejemplificando bien la postura política y el posicionamiento social que la caracterizan.

Mientras tanto, la propuesta de Milton Santos es una de las perspectivas, conviviendo, en el seno de la geografía Crítica, con otras, que son diferentes y hasta antagónicas en algunos puntos. Esto introduce una cuestión central, la de la dialéctica entre unidad y diversidad, en el interior del pensamiento geográfico crítico.

Se puede decir que la Geografía Crítica es un frente, donde obedeciendo objetivos y principios comunes, conviven propuestas dispares. Por lo tanto, no se trata de un conjunto monolítico, más aún, al contrario, de un agrupamiento de perspectivas diferenciadas. La unidad de la Geografía Crítica se manifiesta en la postura de oposición a una realidad social y espacial contradictoria e injusta, haciendo del conocimiento geográfico un arma de combate a la situación existente. Es una unidad de propósitos dada por el posicionamiento social, por la concepción de ciencia como momento de la praxis, por una aceptación plena y explícita del contenido político del discurso geográfico. En fin, es una unidad ética. Entretanto, estos objetivos unitarios se objetivan a través de fundamentos metodológicos diversificados. De ahí, deviene una gran diversidad metodológica, en el ámbito de la Geografía Crítica. Ésta presenta un mosaico de orientaciones metodológicas, bastante variado: estructuralistas, existencialistas, analíticos, marxistas (en sus varias corrientes), eclécticos, etc. Aquí la unidad se desvanece, manteniéndose, como único trazo común, el discurso crítico. Son buscados, para fundamentar las propuestas efectuadas, autores bastante dispares: Adorno, Foucault, Mao Tse-Tung, Lefort, Godelier, Barthes, Lenin, Sartre, entre otros. Véase que la gama de orientaciones abarcada es

realmente amplia. Por lo tanto, hay una unidad ética, substantivada en una diversidad epistemológica.

Esta diversidad es en cierto sentido benéfica, pues estimula el debate, genera polémicas, y hace avanzar a las formulaciones. Donde hay discusión hay vida, donde hay debate aflora el pensamiento crítico, donde hay polémica hay espacio para lo nuevo, para la creación. Por eso, la geografía en la actualidad estimula la reflexión; la caída de las “verdades” fosilizadas avanza en este sentido. Se buscan nuevos caminos, se cuestionan viejas concepciones, se intentan nuevas fórmulas. Existe un enorme horizonte en el frente, en la elaboración de esa Geografía nueva, resta mucho trabajo por hacer. Por lo tanto, la Geografía Crítica es un desafío, es una promesa.

Finalizando, se puede decir que el movimiento de renovación, actualmente en curso en la Geografía, con sus dos vertientes, reproduce, al nivel de este campo específico del conocimiento, el debate ideológico contemporáneo – reflejo, en el nivel de la ciencia, de la lucha de clases en la sociedad capitalista. Los geógrafos críticos, en sus diferentes orientaciones, asumen la perspectiva popular, la de la transformación del orden social. Buscan una Geografía más generosa y un espacio más justo, que sea organizado en función de los intereses de los hombres.

Palabras finales

El pensamiento geográfico vive en la actualidad un amplio proceso de renovación. Se rompe con las descripciones áridas, con las exhaustivas enumeraciones, en fin, con aquel sentimiento de inutilidad que se tiene al recordar todos los afluentes de la margen izquierda del río Amazonas. Este movimiento abre nuevas perspectivas para el geógrafo. Algunos dirán que la geografía está en crisis. Por lo tanto, como ya afirmó un combativo compañero: “viva la crisis”. Pues ésta aconseja una revisión crítica de lo que ha acontecido en esta disciplina. Mientras tanto, la crítica, para ser consecuente y llevar a un resultado socialmente superior, necesita del conocimiento del pasado y del posicionamiento claro en el presente. En caso contrario, quedamos en el riesgo de sustituir una Geografía positivista por una Sociología espacial también positivista, o, peor, liquidar la problemática geográfica substituyéndola por clamores pseudo-revolucionarios.

Este movimiento de renovación ya se manifiesta actualmente en Brasil. Su introducción se da por la vertiente de la Geografía Pragmática, con las bendiciones del Estado y en un clima de total falta de libertad de expresión y discusión. De ahí la defensa de la Geografía Tradicional ha aparecido en algunos momentos como elemento de resistencia democrática al nivel de esta disciplina. Hubo un momento, a mediados de la década pasada, en que se tuvo la sensación que había un consenso en torno a la propuesta neopositivista, tal era el monopolio de la Geografía Cuantitativa. Felizmente, era una sensación falsa, pues fue aumentando el número de voces contrarias a esta geografía, aquí umbilicalmente ligada a un modelo económico y político antisocial. Del “desafinar el coro de los contentos” se pasó a la elaboración de una alternativa, en la medida en que se abrían los espacios para la discusión y movilización social (en un proceso en que la amnistía, trayendo de vuelta nombres como el de Milton Santos, jugó un papel considerable)

Es aquí que nos encontramos hoy, en la búsqueda de una propuesta alimentada por un ideal humanista. Es esta búsqueda que animó la ejecución del presente libro. Pues la construcción de una Geografía centrada en la óptica del trabajo, que se contraponga a los intereses del capital y sea un instrumento de liberación del brasileño, no podrá ser una acción de pocos. Tenemos un largo camino al frente, “la luz es pequeñita, y el camino peligroso”.

Bibliografía comentada

Un relevamiento comentado sobre las obras de la historia del pensamiento geográfico puede ser encontrado en

Claval, P., *La pensée géographique. Introduction à son histoire*, SEDES, Paris, 1972.

Un panorama general de la historia de la Geografía Humana, acompañado de una exhaustiva bibliografía, puede ser encontrado en

Claval, P., *Evolución de la Geografía Humana*, Oikos-Tau, Barcelona, 1974.

También la obra de Sodré, N. W., *Introdução à Geografia. Geografia e Ideologia*, Voces, Petropolis, 1977,

ofrece una visión de conjunto, si bien que limitada, pues enfatiza particularmente la polémica Determinismo-Posibilismo. Esta obra tiene el interés especial de analizar las influencias de esas escuelas en el pensamiento brasileño, sin avanzar, entretanto, en el análisis de las formulaciones más modernas de la geografía (no llegando ni a Hartshorne). De cualquier modo, es un trabajo de lectura obligatoria.

Sobre los orígenes y las fuentes de la geografía Tradicional, el trabajo más estimulante es, sin duda, el de

Quaini, M., *La costruzione della Geografia Umana*, La Nuova Italia, Florencia, 1975.

El texto de Quaini desarrolla y analiza la problemática geográfica en los autores iluministas y su influencia en la posterior sistematización de la Geografía.

Una buena síntesis de las relaciones entre el pensamiento geográfico y el poder puede ser encontrado en la obra de

Gottmann, J., *La politique des États et leur géographie*, A. Colin, Paris, 1952.

Una breve historia de los descubrimientos y sus relaciones con la elaboración geográfica puede ser obtenida en el libro de

Clozier, R., *As etapas da Geografia*, Europa-América, Lisboa, 1962.

También sobre la historia del pensamiento geográfico cabría mencionar, entre muchos otros, los siguientes artículos:

Tatham, G., "A Geografia no século XIX", Boletim Geográfico, n° 157;
Schaffer, F., "O excepcionalismo em Geografia", Boletim Carioca de Geografia, número especial, "Metodologia em Geografia", 1976;
Azevedo, A., "A geografia francesa e a geração dos anos setenta", 1976,

Varias obras mencionadas a continuación, presentan también capítulos sobre este asunto. Las obras de los autores clásicos de la Geografía no son encontrados fácilmente en Brasil. Algunos textos significativos pueden ser encontrados en la compilación de

Figueira, R., *Geografia. Ciência humana*, Centro Editorial de América Latina, Buenos Aires, 1977.

Citamos aquí las ediciones que pueden ser encontradas de los clásicos:

Ritter, C., *Introduction à la Géographie Générale Comparée*, Belles Lettres, Paris, 1974;

Humboldt, A., *Cosmos. Essai d'une description physique du monde*, Gide et Baudry, Paris, 1852;
 Ratzel, F., *Geografia dell'uomo*, Fratelli Bocca, Turín, 1914;
 Idem, *O solo, a sociedade e o Estado*, IFCH–Unicamp, 1980;
 Vidal de La Blache, P., *Princípios de Geografia Humana*, cosmos, Lisboa, 1956.

De de La Blache cabría consultar todavía los artículos publicados en los *Annales de Géographie*, donde también se encuentra un estudio de Ratzel sobre Córcega.

Mencionamos a continuación las obras principales de la geografía tradicional, cuya consulta permite una observación de su evolución:

Febvre, L., *La Tierra y la evolución humana*, Cervantes, Barcelona, 1925;
 Brunhes, J., *Geografia Humana*, Juventud, Barcelona, 1948;
 Demangeon, A., *Problemas de Geografia Humana*, Omega, Barcelona, 1956;
 Sorre, M., *Les fondements de la Géographie Humaine*, A. Colin, Paris, 1952
 Idem, *Rencontres de la Géographie et de la Sociologie*, M. Rivière, Paris, 1957;
 Vallaux, C. *Les sciences géographiques*, F. Alcan, Paris, 1929;
 Huntington, E., *Principles of Human Geography*, J. Wiley, Londres, 1951;
 Semple, E., *Influences of Geographic Environment – on the Basis of Ratzel's System of Anthropogeography*, H. Holt, Nueva York, 1911;
 Sauer, C., *The Morphology of Landscape*, Univ. California, Los Ángeles, 1925;
 Le Lannou, M., *La Géographie Humaine*, Flammarion, Paris, 1949;
 Cholley, R., *La Géographie: guide de l'étudiant en Géographie*, PUF, Paris, 1951;
 Hartshorne, R., *Propósitos e Natureza da Geografia*, Hucitec–EDSUP, San Pablo, 1979.

Además de estas obras, que fueron consultadas para la elaboración del presente libro, cabría consultar innumerables artículos de los *Annales de Géographie* y de los *Annals of the Association of American Geographers*. Las obras antes mencionadas abarcan las principales propuestas de la geografía Tradicional. Algunos manuales podrían completar esta relación:

Derruau, M., *Geografia Humana*, Presença–Martins Fontes, Lisboa, 1973;
 Wooldridge, S. y East, W., *Espírito e propósitos da Geografia*, Zahar, Río de Janeiro, 1967;
 Krebs, N., *Geografia Humana*, Labor, Barcelona, 1950;
 Brek, J., *Iniciação ao estudo da Geografia*, Zahar, Río de Janeiro, 1967.

Finalmente, para tener una visión total de esta Geografía, cabría consultar algunos estudios empíricos significativos de cada orientación teórica.

Un análisis de la historia de la Geografía en la perspectiva de la Geografía Pragmática puede ser encontrado en

Chisholm, M., *Geografia Humana: evolução ou revolução?*, Interciência, Río de Janeiro, 1979.

Para conocer el pensamiento pragmático, entre otras obras, puede consultarse:

Chorley, R. y Hagget, P., *Modelos integrados em Geografia*, Livros Técnicos e Científicos–EDUSP, San Pablo, 1975;
 Dematteis, G., *Rivoluzione quantitativa e nuova Geografia*, Univ. Degli Studi, Turín, 1970;
 Berry, B., “Um paradigma para a Geografia Moderna”, n° 3, ano 34;
 Harvey, D., *Explanation in Geography*, C. W. K. Gleerup, Lund, 1962,

También puede consultarse las revistas de *Geografia* y *Geografia Teorética* y el número especial del *Boletim Carioca de Geografia*. Para conocer las raíces de esta vertiente y del movimiento de renovación puede consultarse:

Philipponneau, M., *Géographie et action. Introduction à la Géographie Appliquée*, A. Colin, Paris, 1960.

También la compilación del Instituto Panamericano de geografía e Historia, *Centralidade e regionalização*, IPGH, Río de Janeiro, 1968.

Boudeville, J., *Os espaços econômicos*, Difel, San Pablo, 1974

Perroux, F., “Note sur la notion de pôle de croissance”, *Économie Appliquée*, n°7, 1955.

Hilhors, J., *Planejamento regional*, Zahar, Rio de Janeiro, 1975.

Una visión de la historia del pensamiento geográfico en la perspectiva de la Geografía Crítica puede ser buscada en

Lacoste, Y., *A Geografia serve, antes de mais nada, para fazer a guerra*, Iniciativas Editoriais, Lisboa, 1977;

Idem, "A Geografia", in Chatelet, F., *Filosofia das Ciências Sociais*, Zahar. Rio de Janeiro, 1978.

Para comprender las raíces de esta vertiente pueden verse

George, P. y otros, *A Geografia Ativa*, Difel, San Pablo, 1969;

También la publicación de la Asociación de los Geógrafos Brasileños,

Reflexões sobre a Geografia, AGB, San Pablo, 1980,

Una compilación con textos críticos desde la década del cuarenta. Una consulta a las revistas *Herodote e Antipoda* también revela esta perspectiva. El número de la revista *Vozes* dedicado a "Geografia e Sociedade" es otra fuente importante de consulta, así como la publicación de la União Paulista dos Estudantes de Geografia, *Território Livre*.

Sobre el límite de la Geografía Crítica desde una posición liberal, ver

Claval, P., *Espaço e poder*, Zahar, Rio de Janeiro, 1979;

Gambi, L., *Una geografia per la storia*, Einaudi, Turim, 1973.

Sobre una concepción apoyada en la Escuela de Frankfurt, ver

Gregory, D., *Ideology, Science and Human Geography*, Hutchinson, Londres, 1978.

Las obras de Milton Santos también son de lectura obligatoria para conocer a la geografía Crítica, se recomienda, principalmente,

Por uma Geografia Nova, Hucitec-EDUSP, San Pablo, 1978,

O trabalho do geógrafo no Terceiro Mundo, Hucitec, San Pablo, 1979,

O espaço dividido, Francisco Alves, Rio de Janeiro, 1979.

Otra obra fundamental es la de

Harvey, D., *A justiça social e a cidade*, Hucitec, San Pablo, 1980.

Sobre la concepción marxista, puede consultarse

Quaini, M., *Marxismo e Geografia*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1979,

En una matriz más althuseriana

Lipietz, A., *El capital y su espacio*, Siglo XXI, Barcelona, 1979.

Sobre la Geografía Crítica en Brasil puede consultarse

Silva, A. C., *O espaço fora do lugar*, Hucitec, San Pablo, 1978.

Las bibliografías existentes en estas obras indican otros libros para quien quisiere avanzar en el estudio de la Geografía Crítica.